

# Recensiones y crítica bibliográfica de Historia Contemporánea de España

1. Obras de carácter general. Nacionalismos – 2. El siglo XIX (general) – 3. El siglo XX (general)
4. Carlos IV. El final del Antiguo Régimen – 5. Fernando VII e Isabel II – 6. Las Guerras Carlistas
7. Sexenio Revolucionario y Restauración – 8. La Segunda República y la Guerra Civil
9. El Régimen de Franco – 10. Juan Carlos I – 11. Varios

## 1. Obras de carácter general. Nacionalismos

José Manuel CUENCA TORIBIO  
**Teorías de Andalucía**  
**La identidad andaluza. Visiones y autores**  
Córdoba : Almuzara, 2009  
(Colección Andalucía), 141 p.  
ISBN 978-84-92573-24-0

Vertida en odre nuevo nos llega parte de la cosecha del profesor Cuenca Toribio que el tiempo va añejando. Han sido feraces las fa-  
negas dedicadas al estudio sobre su tierra de nacemento y actual de docencia; cuatro décadas de publicaciones, más alguna anterior de meditación, enmarcadas por obras, en su albor científico, referentes a la economía de la región (*El colonialismo de la economía andaluza contemporánea: una versión heterodoxa*, Córdoba, Imprenta Moderna, 1976; su recopilación de *Lecturas de historia económica andaluza (siglo XIX)*,

Madrid, Moneda y Crédito, 1977) y la que, plena de sazón y reeditada veinticinco años después, ahora se reseña.

Entre ellas, el autor ha dado a la luz monografías sobre historia eclesiástica del meridién hispano (*Estudios sobre la Iglesia andaluza moderna y contemporánea*, Córdoba, Instituto de Historia de Andalucía, 1980, con una versión reciente sobre *La iglesia andaluza en la Edad Moderna*, Granada, Caja Granada, Obra Social, 2008, y una anterior sobre «Ortodoxia y heterodoxia en la Andalucía ochocentista» publicada en *Hispania Sacra*, vol. 48, n.º 97 (1996), págs. 277-279) y, se han materializado obras de ambición y logro general en el espacio y tiempo andaluz (*Andalucía: una introducción histórica*, 2.ª ed. aum., Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1980;

*Historia general de Andalucía*, Córdoba, Almuzara, 2005; *Andalucía: historia de un pueblo (...a.C.-1982)*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, 2.ª ed. rev. y ampl. en 1984), previas a otras en que la lechuza de Minerva levanta el vuelo de su reflexión tras la luz completa de los hechos («Visión de Andalucía: mito y realidad», en *Cuenta y Razón*, n.º 10, 1983, págs. 121-128; «El andalucismo», en *Cuenta y Razón*, n.º 40, 1988, págs. 77-84; *Ensayos sobre Andalucía*, Córdoba, Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, 1991); un planeo rasante que ha encontrado, sin embargo, descansaderos en los sucesivos cortes historiográficos: «Andalucía del antiguo al nuevo régimen» en *El barroco en Andalucía*, vol. 1, Córdoba, Universidad, 1984, págs. 191-196; su coordinación de *Andalucía en la Guerra de la Independencia: (1808-1814)*, Córdoba,

Universidad, 2009; *Combates por Andalucía (y páginas de Historia Contemporánea)*, Córdoba, Imp. Provincial, 1978; «Andalucía y el 98», en *Siglo que Viene: Revista de Cultura*, n.º 34, 1998, págs. 28-30; «La Segunda República en Andalucía: una nota», en *Revista de Historia Contemporánea*, n.º 6, 1995, págs. 305-310; *La Andalucía de la Transición (1975-1984): política y cultura*, Madrid, Mezquita, 1984. A sus estudios sobre la hacienda y la iglesia meridionales, hay que sumar otras teselas —como «Orto y ocaso de las Sociedades Económicas de Amigos del País en Andalucía» (en *Revista de Estudios Regionales*, n.º 7, 1981, págs. 313-318)— para componer el rostro que Cuenca Toribio traza de lo andaluz en este gran mosaico publicístico. Pero también, y llevado por una inclinación prosopográfica que acredita quien esto firma, ha puesto figuras en el paisaje: *Semblanzas andaluzas (galería de retratos)*, (Madrid, Espasa-Calpe, 1984) y *Dos siglos de postración: política y políticos en la Andalucía contemporánea (1810-2006)* (Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2007).

Con todo, es esta una parte menor —por breve— de la bibliografía de Cuenca Toribio y siempre animada por un hálito que disipa los riesgos del estudio terruñero; un soplo que ha llevado el estudio de su tierra fuera de sus lindes con trabajos como su «Andalucía desde América: la visión de los exiliados», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 439, 1987, págs. 7-20, y que ahora se completa con *Teorías de Andalucía*, que recoge visiones de la identidad andaluza por parte de dieciocho autores, y a las que habría que adicionar la de «La Andalucía de Palacio Valdés», confirmada con Soledad Miranda García en el *Boletín del Real Instituto de Estudios*

*Asturianos*, año 46, n.º 139, 1992, págs. 163-178.

Precedidas por unas páginas sobre la «Visión de Andalucía. Mito y realidad», Cuenca Toribio recoge la visión que casi una veintena de intelectuales del siglo XX tiene sobre Andalucía, los andaluces y lo andaluz. De ellos, tres no son españoles (Alfonso Reyes, Rubén Darío y Gerard Brenan) y sólo dos son andaluces (Antonio Domínguez Ortiz y José María Pemán), aunque de muchos otros se rastrea su ascendencia o vínculos sureños.

En las páginas liminares, el autor agrupa las distintas teorías que —en su mayor parte, con lugares comunes— han interpretado o condicionado la propia existencia del andaluz: las etnográficas, las antropológicas, las economicistas..., para concluir que cada una de ellas ha aportado algo a la multiplicidad de imágenes que definen la forma cultural de lo andaluz y que lo importante es estudiar en qué medida esos supuestos rasgos caracterizadores no son superfluos o cosméticos, sino que han condicionado, y lo siguen haciendo, el acontecer de una tierra y el actuar de sus gentes.

Ya enfrascado en el estudio de las dieciocho visiones anunciadas, del humanista Alfonso Reyes —buen conocedor de Sevilla— destaca el autor su prelación respecto al grupo poético del 27 en el redescubrimiento de Góngora, también el vínculo más explícito de Dámaso Alonso con las letras andaluzas, aunque el poeta y sabio madrileño historió y criticó asimismo la vida y obra de otro cordobés como el baenense Luis Carrillo de Sotomayor y de vates sevillanos como Andrés Fernández de Andrada o Francisco de Medrano. Precisamente, Rubén Darío, quien tres siglos después que Góngora encabezaría la otra gran revolución de la poesía hispánica,

visitó Córdoba, además de Málaga, Granada, Sevilla y Algeciras entre 1903 y 1904, en un periplo en que tanto la historia y el arte como el paisaje —sobre todo el sol— potenciaron en su alma y en sus versos el gusto por lo oriental. Esa importancia del paisaje lleva a que la sierra de Cádiz o el campo de Jerez alcancen protagonismo máximo en las obras de creación o crítica de los hermanos de las Cuevas y Velázquez-Gaztelu (José y Jesús), sobre todo, a través de su flora y geografía vitícola y de su fauna principalmente ornitológica.

Las teorías de los distintos autores considerados por Cuenca Toribio van discurriendo por el paisaje físico y psíquico andaluz, a cuyo carácter urbano Caro Baroja dedicó extensas consideraciones, desde Tartesos a las ciudades-aldea o agrocidades, pasando por Roma o el Islam. Entre ellas, sin duda, destaca la Granada —aunque también Almería y Málaga— de Gerard Brenan, en que la sociedad sobrepuja el Estado y uno de los escenarios estudiados por Claudio Sánchez Albornoz. El historiador abulense exagera en algo sus críticas al período musulmán y subraya, en todo caso que, lejos de ser influida, Andalucía fue «conquistadora de sus dominadores», en una versión hispana de los versos de Horacio en su *Epístola a Augusto* (2, 1, 156-157): «Graecia capta ferum uictorem cepit et artes / intulit agresti Latio; [...]», que, según traducción rítmica de Emilio García Gómez inédita hasta que en 2007 la Real Academia de la Historia la dio a los tórculos, sería: «La Grecia cautiva, que al fiero / vencedor cautivaba, sus artes al Lacio campestre / trajo. [...]». Precisamente, en la *laudatio* del conde los Alixares durante su investidura como doctor honoris causa, se asevera que el arabista madrileño trazó

«la más completa visión de Andalucía debida a una pluma egregia» (p. 81). La misma solemnidad académica respecto a Antonio Gala —naturalizado andaluz habiendo nacido en Brazatortas (Ciudad Real)— y Antonio Domínguez Ortiz sirven a Cuenca Toribio no sólo para teorizar sobre el andalucismo de estos autores, sino también para reflexionar en voz alta sobre la función y ser de la Universidad desde la cátedra de una entonces recientemente instituida, que, en este último caso, acogía en su seno a quien se jubiló como catedrático de enseñanza secundaria. La Universidad de Córdoba secundó así a la Real Academia de la Historia que, cuando se le negó plaza universitaria al sabio sevillano, reparó la injusticia eligiéndole numerario en enero de 1973.

En la búsqueda de los sustratos, Pemán —en cuya alma «como en ningún otro escritor de su tiempo resonó Andalucía» (p. 123)— reconoce una esencia andaluza más romana que islámica, mientras que la imagen de Andalucía se forja para Laín Entralgo en la protohistoria de

la región; la gracia, la pobreza y la injusticia con que convive este pueblo generaron en el humanista turo-lense páginas de reflexión sobre la filosofía de sus gentes. Por su parte, Salvador Pániker expone una visión desmitificadora, con esencias paganas, de la Semana Santa andaluza, quizás el último gran espectáculo barroco que nos queda, y Josep Pla deriva hacia el tópico, consecuencia tanto de un escaso conocimiento racional como de una limitada vinculación cordial con lo andaluz.

Decisivas para la historia de España aparecen las Andalucías de Julián Marías y Gregorio Marañón. Para el primero, es sobresaliente el protagonismo de la región respecto a América, y para el segundo, hijo de gaditana, su solar materno es cuna, con su Constitución, del contemporaneísmo español. Junto a este tema, Marañón estudió médica y literariamente las raíces y copa del donjuanismo hispalense troquelado por el burlador de Tirso de Molina y universalizado por Zorrilla.

Más marcados por lo político se encuentran los acercamientos de hombres como Azaña o Cambó. Del

primero, se subraya su relación con Valera y Ganivet y con otros políticos republicanos andaluces, así como sus actuaciones políticas (reforma agraria y el drama de Casas Viejas), mientras que las alusiones del segundo se limitan, por un lado, a la rémora que para él suponía el provincianismo a la hora de constituir un pleno movimiento regionalista y, por otro, a su admiración por la gracia espontánea de la sociedad más baja.

Se ven en la obra de Cuenca Toribio, pues, teorías de Andalucía escogidas entre su vastedad de lecturas, analizadas con inteligencia y expresadas con elegancia, más una teoría subyacente, la del propio autor, que se percibe a veces por refrendo y en ocasiones por contraste. Los años transcurridos desde su primera edición sirven para enfrentarse de nuevo, en tiempos actuales de revisión e incertidumbre, a dieciocho visiones explícitas, más una elíptica, que nos llegan envueltas en el caudal lingüístico y cultural del autor, siempre anchuroso y profundo, como Andalucía.

**Jaime Olemedo Ramos**  
*Real Academia de la Historia*

## 4. Carlos IV. El final del Antiguo Régimen

Juan Ignacio CUESTA

**Madrid 2 de Mayo : crónica de las 24 horas que amargaron a Napoleón**

Madrid : Nowtilus, 2008

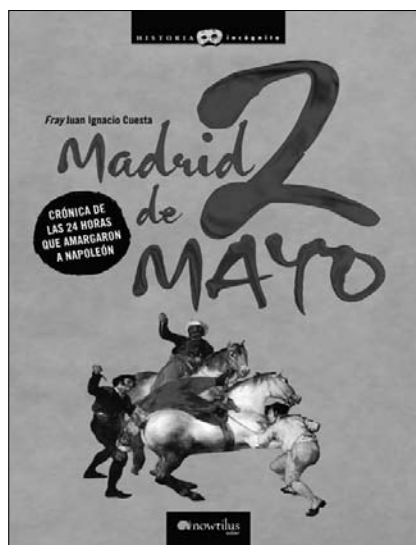
189 p.

ISBN 978-84-9763-540-0 : 14,95 €

Nos encontramos ante una pequeña joya, entre la amplísima bibliografía que ha sido publicada

con ocasión del Bicentenario de la Guerra de la Independencia. Se trata de un paseo por el Madrid más popular, ese Madrid que se ha perdido en parte y que desconocen las nuevas generaciones, donde existían los tipos más característicos: los manolos, los majos y los chisperos, los habitantes del foro, aquellos que se levantaron un buen día contra el francés. Descubrimos,

y ese parece ser el propósito plenamente alcanzado del autor, el alma de Madrid a través de los sucesos que acontecieron el 2 de Mayo. Un placer para quien sea un buen conocedor del centro histórico de la capital y pretenda aunar el recorrido de sus calles con el momento que la historia les reservó a éstas en la efeméride que en 2008 se ha festejado. Junto a los nombres más



significativos y el distinto papel que cada uno desempeñó en los hechos más relevantes del levantamiento del 2 de Mayo, aparece la ciudad de Madrid como la verdadera protagonista del mismo.

Cabe destacar el capítulo reservado a la ciudad, con un mapa que nos permite ver el recorrido de los sublevados y un acercamiento al antes y el después de cada uno de los edificios, palacios y calles que atraviesan el Madrid histórico, los Madriles, hoy prácticamente ignoto, dado el escaso o nulo interés que se siente por D. Pedro de Répide. Se

cierra este librito con una pequeña recopilación de algunos de los sones y canciones populares de la contienda. En suma, y más allá de alguna concesión a la visión que ha sido prácticamente monotemática en casi todo lo publicado, donde la elite intelectual era afrancesada por moderna y el pueblo reaccionario y anticuado por católico y apegado a sus tradiciones, resulta un pequeño placer contemplar los hechos del levantamiento de 1808 a través del Madrid de la época.

**Consuelo Martínez-Sicluna**  
Universidad Complutense de Madrid

Emilio DE DIEGO y  
José SÁNCHEZ-ARCILLA  
**¡España se alza! : la Guerra de la Independencia contada a los españoles de hoy**  
Barcelona : Áltera, 2008  
430 p.  
ISBN 978-84-96840-25-6 : 25,00 €

A cada uno de los autores que firman el presente libro les avala detrás una imponente bibliografía y una trayectoria rigurosa, en el ámbito uno de la Historia Contemporánea, Emilio de Diego, y otro, José Sánchez-Arcilla, en la no menos compleja actividad de historiador del Derecho. Reunir dos firmas así es ya una garantía de que el lector se encontrará ante un trabajo serio y de una cierta envergadura, que sin embargo no ha parecido asustar a quienes como autores han emprendido la tarea de adentrarnos en una visión de la Guerra de la Independencia en tanto que Guerra Peninsular.

Guerra por lo tanto de las independencias de España y Portugal, en la tesis de que sólo eran factibles ambas guerras a la vez, como procesos complementarios y suplementarios. Se afronta así una nueva visión de la Guerra de la Independencia en el esquema de una dimensión territorial más compleja que las visiones tradicionales que desgajan lo acontecido en Portugal de lo

sucedido en España y que no consiguen comprender que nos hallamos ante un escenario donde los enemigos del momento, Inglaterra y la Francia napoleónica, se encuentran de nuevo, en el marco de un conflicto de carácter internacional. La Guerra de la Independencia es, dentro del propio conflicto internacional, «una guerra de liberación nacional, una guerra de religión, una guerra de opinión, una guerra civil y una revolución político-institucional» (p. 15), en suma, «el último gran catalizador de la nación española» (p. 15).

Partiendo de la perspectiva de un conflicto internacional, los autores ponen de relieve cómo los españoles, en ese trance decisivo de su historia, antepusieron el valor de su propia identidad, de la identidad española, al «progreso» y la «modernización» con que se presentaba el espíritu napoleónico.

La Parte Primera del libro constituye un análisis certero de los diferentes elementos que subyacen bajo la estrategia de carácter militar y que constituyen una clave necesaria para comprender el porqué del fracaso de Napoleón en la Península. En un primer

enfoque, se centra en los acontecimientos que van desde El Escorial hasta Aranjuez, terminando en las abdicaciones de Bayona, que evidencian la crisis por la que en ese momento atravesaba la monarquía española y que no hicieron sino situar a Napoleón en el centro del



pleito entre Carlos IV y su hijo. En una necesaria síntesis de los sucesos que enfrentan a los representantes de la monarquía, el núcleo de la cuestión reside en la legitimidad con la que a partir de ese momento Napoleón trata de revestir el ascenso al trono de su hermano, José I, y en los dos errores que principalmente se cometen en España por parte del corso: un error político, al estimar que en España no se iba a desencadenar un conflicto armado por las «deplorables circunstancias en que se desenvolvía la corte de Carlos IV, de la figura de Godoy y de las intrigas y ambiciones del príncipe de Asturias» (p. 33), en definitiva, la más completa incapacidad de la monarquía española; y un error militar, creando un frente nuevo en un momento especialmente difícil para las tropas francesas, y donde no servían los esquemas hasta entonces utilizados por el emperador. En España el ejército napoleónico se enfrentó a fuerzas regulares e irregulares, a ingleses y españoles, en un territorio que no dominaba y en el que sus efectivos necesariamente tuvieron que fragmentarse.

Y junto a esos dos errores fundamentales, un error económico, que sobreestimaba lo que España era y tenía y que con la guerra terminó por esquilmar los recursos hispanos, pero que al tiempo situó a la administración josefina ante una difícil papeleta, intentando utilizar todas las vías a su alcance, incluso el diezmo, para la obtención de fondos.

Se destaca también, en el presente libro, la inadecuada comprensión, por parte napoleónica, de lo que la Iglesia suponía en España, de manera que, al lado de otros componentes, los autores señalan acertadamente cómo el laicismo de la Ilustración se llevó en el suelo ibérico, por parte de los invasores, hasta el extremo del hostigamiento y del anticlericalismo más desaforado; y, finalmente, un somero análisis de lo que la cultura, la literatura, la música, ofrecieron de cara al invasor, en una batalla, la de la propaganda, que fue también perdida por Napoleón.

La Segunda Parte, más densa y con una visión que trata de aunar las múltiples perspectivas que gravitan en esta cuestión, estudia la guerra en cuanto tal, y cómo lo que comienza siendo un levantamiento popular termina por ser una guerra nacional. Los efectivos de Napoleón ascendían en los primeros enfrentamientos a 92.000 hombres, a las órdenes directas de Murat, pero de los cuatro cuerpos de ejército, sólo uno de ellos estaba integrado por combatientes veteranos. Desde el 2 de Mayo y Madrid, el frente se abre y los franceses se encuentran, partiendo de una decidida subestimación de la realidad, en territorio enemigo. El número de tropas regulares españolas, bastante desigual en su composición —la relación entre tropas de Caballería y de Infantería venía a

ser de uno a ocho, mientras que en otros ejércitos era de uno a cinco, según algunas fuentes—, podía llegar hasta los 113.822 hombres, mientras que otras rebajan la cifra hasta el número redondo de 100.000.

Nos adentramos así, a partir del enfoque de los dos bandos y de sus fuerzas, en el territorio y en las batallas, donde se dirime la suerte de la identidad española. Se describen así, incidiendo en el aspecto militar de la cuestión, y dejando de lado otros enfoques a estas alturas sobradamente divulgados, algunos de los sitios —guerra de sitios fue la Guerra de la Independencia, lo que demuestra su peculiaridad frente al resto de las guerras emprendidas por Napoleón, se mantiene en el presente libro— y lugares en los que se produjo el enfrentamiento. Esta Segunda Parte del libro que nos ocupa resulta ser un más que notable y riguroso estudio acerca del carácter bélico de lo que empezó siendo una mera insurrección popular. Si bien han sido muchas las obras escritas sobre la Guerra de la Independencia, pocas se han centrado en el análisis de los diferentes bandos, franceses, anglo-portugueses e hispanos, en un territorio tan amplio como el peninsular. Sin dejar un resquicio a lo meramente aleatorio, los autores nos permiten entender la importancia tanto de cada una de las batallas, como de las consecuencias que de las mismas se produjeron, en el entorno nacional y en el conflicto internacional que se estaba dirimiendo. Así, por ejemplo, con Bailén, donde unas fuerzas francesas de 20.000 hombres fueron derrotadas, lo que alentó ambivalentemente tanto la respuesta española como la ayuda inglesa, y la visión que en general en Europa se tenía de la contienda española cambió y permitió ampliar el horizonte hasta llegar a la guerra peninsular y a considerarla pieza clave en el ámbito de las guerras de invasión napoleónicas.

Resulta imposible condensar en unas breves líneas los diferentes apartados en que se divide la Segunda Parte, que avanza cronológicamente, pero donde los autores se detienen al mismo tiempo en las características propias de cada una de las batallas, de los sitios y de los enfrentamientos incluso de fuerzas regulares contra irregulares. Los protagonistas aparecen siempre en un telón de fondo respecto de la importancia del acontecimiento bélico.

No espere encontrar el lector un libro al uso, uno más de aquellos con los que se ha venido a adornar el Bicentenario. Se encontrará, por el contrario, con un libro fundamental, con un enfoque, que sin pretender ser original, sí que aporta una visión que no es en absoluto prescindible a la hora de conmemorar la Guerra de la Independencia, eso sí, como guerra peninsular, aceptando la tesis sustentada por los autores.

*Consuelo Martínez-Sicluna*  
*Universidad Complutense de Madrid*

## 5. Fernando VII e Isabel II

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN

### **Las Cortes de Cádiz : El nacimiento de la Nación Liberal (1808-1814)**

Madrid : Editorial Síntesis, 2008  
429 p.

ISBN 978-84-9756-545-5



El autor, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha, analiza en este libro el período de formación de la moderna Nación Española entre los años 1808 y 1814, período histórico protagonizado políticamente por las Cortes Generales y Extraordinarias —no convocadas por el rey— reunidas en la ciudad de Cádiz desde septiembre de 1810. Cabe hablar de una revolución nacional-liberal en España durante esos años al mismo tiempo que se libraba la Guerra de la Independencia contra el ejército napoleónico de ocupación.

Aquellas Cortes, como representación cabal del pueblo español que eligió mediante sufragio universal masculino a sus diputados, proclamaron la soberanía nacional que sustituía a la soberanía (*suma potestas*) del monarca como fuente del

poder: el poder reside ahora en la Nación como conjunto de ciudadanos. Junto a esta proclamación las Cortes establecen la división e independencia de poderes, para que el poder limite al poder, y que sustituye a la unidad de poder del absolutismo monárquico. Se reconoce así mismo la libertad civil y política de los ciudadanos en cuanto derechos individuales inherentes a la personalidad y cuya garantía es la verdadera finalidad del gobierno constitucional. Todo ello se plasmará en la Constitución aprobada en Cádiz en marzo de 1812 con la que se inicia la historia del Estado nacional-constitucional español. La doctrina del liberalismo político actúa como fundamento teórico del nuevo orden jurídico-político.

En los distintos epígrafes del libro el autor va desarrollando por materias los argumentos que desembocan en el nacimiento de la nación liberal: liberalismo, Guerra de Independencia, la peculiaridad de la ciudad de Cádiz, unidad de soberanía, división de poderes, libre mercado, propiedad privada, abolición de los señoríos, Ayuntamientos y Diputaciones representativos, más la cuestión espinosa de la América hispana.

Entre mayo de 1808 y mayo de 1814 los liberales españoles, también llamados «patriotas», un grupo político minoritario pero muy dinámico y preparado, acabarán por refundar España como Estado nacional y lo hicieron en tan corto espacio de tiempo y en unas circunstancias de guerra internacional. En lo que fue una revolución «moderada» y patriótica transformaron la monarquía absoluta —el gobierno del despotismo ministerial— en una monarquía constitucional. Como

bien dice el autor, con la revolución del voto, con la libertad política, transformaron a los súbditos en ciudadanos (en enero de 1810 se aprobó la primera normativa electoral española que establecía el derecho de sufragio a todos los varones mayores de 25 años, existiendo sólo en Estados Unidos algo comparable en aquellos momentos), y a éstos en el soporte soberano para la legitimidad de cualquier poder: la soberanía reside en la comunidad. Los liberales desarrollaron un programa de renovación nacional, de cambio social, económico y cultural pivotado sobre la libertad individual en todas sus dimensiones: libre mercado, libertad de industria y de trabajo, garantía efectiva de la propiedad privada, abolición de los señoríos jurisdiccionales y de la Inquisición, libertad de prensa.

Pérez Garzón destaca como ejes de la Constitución la unidad de la soberanía y la división e independencia de poderes. Sobre lo primero los liberales, que consiguieron imponer sus criterios, consideraron España como un cuerpo político unitario, nunca federal, siendo el pueblo español el sujeto étnico-político soberano exclusivo e infraccionable. España no es una suma de Estados-naciones preexistentes. Mientras, la aplicación del principio de la división e independencia de poderes establecido en Constitución de 1812 destruirá la «unidad de poder» característica de la monarquía absoluta: las Cortes Generales y Extraordinarias actuando como un auténtico poder constituyente originario dividen el poder político concentrado en la figura del monarca en tres bloques, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, recayendo el primero en el rey, el segundo en las

Cortes y el tercero en los Tribunales de Justicia. El monarca, entonces, quedaba reducido al ámbito de uno solo de los tres poderes del Estado, sometido también a las leyes aprobadas por las Cortes.

Concluimos con las palabras del autor: «...la enorme tarea que los diputados liberales abordaron en las Cortes de Cádiz constituyó un indudable legado de patriotismo constitucional y de nacionalismo político que ha marcado toda la his-

toria de España. Lógicamente no fue un acontecimiento aislado y formó parte del proceso de revoluciones liberales que cambiaron la vida de la sociedad occidental y cuyos principios y prácticas nos condicionan hasta la actualidad... Por lo demás, se ha hecho especial hincapié en la aparición de la nación como idea eje de la vida política, tanto como en el subsiguiente nacionalismo sustantivado en la palabra España. Los derechos políticos de los individuos,

conviene enfatizarlo, se desarrollaron como parte de la soberanía de la nación. De este modo, el nacionalismo tuvo carácter revolucionario aquellos años. Fue el ámbito de socialización de las libertades y exigencias ciudadanas...».

En fin, un libro muy recomendable para los que quieran iniciarse en el origen del régimen constitucional en España.

**Ramón Peralta**

*Universidad Complutense de Madrid*

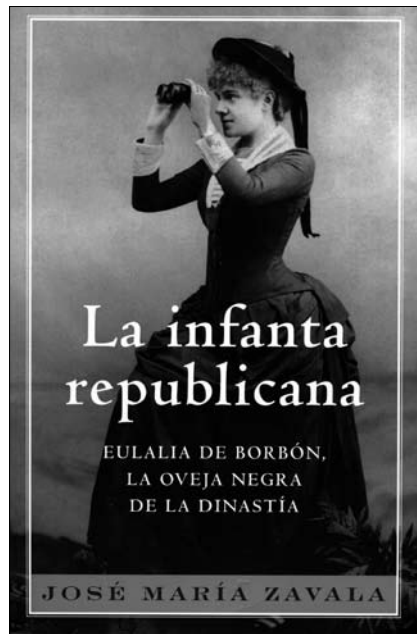
## 7. Sexenio Revolucionario y Restauración

José María ZAVALA

**La infanta republicana :  
Eulalia de Borbón, la oveja  
negra de la dinastía**

Barcelona : Plaza & Janés, 2008  
350 p.

ISBN 978-84-01-30556-6 : 18,50 €



De haber vivido en nuestros días, la infanta Eulalia de Borbón hubiera sido portada constante en las publicaciones «rosa», las especializadas en temas del corazón de los personajes que decoran la vida

social demandada por un amplio espectro de población, totalmente alejado de los acontecimientos que aquéllos protagonizan a diario. Entiéndase como fiestas, viajes, encuentros, desencuentros, bodas, separaciones, divorcios, paternidades, tantas veces organizado todo ello previamente como argumento para percibir por la «exclusiva» la cantidad estipulada que, gustosamente, abona la publicación de turno o el programa televisivo que opte por este tipo de información. Es la intromisión total en la vida de los populares (no confundir con famosos), cuya existencia es como una pescadilla que se muerde la cola, porque hay quien lo ofrece y hay quien se interesa por los comportamientos ajenos, sean ciertos o no. No importa; la carnaza está servida y la clientela ansiosa por devorarla. ¡Qué gran oportunidad para estos medios «informativos» si hubieran podido contar con un personaje como la infanta Eulalia de Borbón!

No es el mismo caso para los historiadores responsables de su trabajo. Sin pretender anular la personalidad de esta componente de la Casa Borbón, su presencia en la

historia de España apenas se reduce a su condición como miembro de la familia real. El resto —su comportamiento, su forma de entender la vida— le pertenece única y exclusivamente a ella y únicamente es llamativo desde el punto de vista de lo que se considera correcto para un miembro de la nobleza. Ello no quiere decir que lo sea, sobre todo cuando esa nobleza actúa con dos caras diferentes. De ahí que el libro esté en la paginación justa, ya que lo que pueda interesar queda reflejado en ella con creces. No es necesario adentrarse más en las «nobles» intimidades de Eulalia para adquirir el conocimiento imprescindible sobre la personalidad de la rebelde aristócrata. Porque ése es el principal rasgo de su carácter, según se desprende de su biografía, que ha sido reflejada acertadamente por el periodista José María Zavala, quien en trabajos anteriores ya ha demostrado su conocimiento sobre la dinastía borbónica.

La infanta Eulalia no desdeñó los orígenes de su cuna, pero tampoco se atuvo a las normas que la misma establecía, aunque no fueran de obligado cumplimiento, según

quedó demostrado por la actitud de tantos nombres como la precedieron y la sucedieron. Su misma madre, la reina Isabel II, fue para ella como un espejo en el que buscar reflejo para su comportamiento. Conducta, por otra parte, completamente normal si se ve desde la perspectiva actual. La reina, según palabras del autor, se manifestó «caprichosa, sociable, desenfadada, vehemente, obstinada, lenguaraz, apasionada, picaresca, sensual..., algo casi connatural a los Borbones de España». Y así fue también Eulalia de Borbón y Borbón, aunque prescindiendo de las formas establecidas, hasta el extremo de ser la primera mujer Borbón que obtuvo la separación marital. Comportamiento, o carácter, parecido puede comentarse acerca de la abuela de la infanta, María Cristina de Borbón, la reina gobernadora, atraída igualmente desde muy joven por la concupiscencia de la carne. Otro tanto sobre su abuelo, el lujurioso Fernando VII, quien por el día rezaba rosarios y oficios mientras por las noches frecuentaba locales de alterne y se entregaba al placer de la carne en compañía de su incondicional duque de Alagón. Datos ana-

lizados y contrastados por diversos historiadores sitúan la paternidad de Alfonso XII en el valenciano conde de Torrefiel, y la de la infanta Isabel, la Chata, en el gentilhomme José Ruiz de Arana, distinguido con el título de duque de Baena. No es de extrañar que Alfonso XII fuera heredero de una desbordante sexualidad que conocieron cantantes de ópera y nobles, como posteriormente ocurrió con su hijo póstumo, Alfonso XIII, interesado igualmente por representantes de la escena. La bastardía ha sido consecuencia de la desordenada concupiscencia de los Borbones españoles, y la infanta Eulalia fue un claro ejemplo. Ella misma reconoció en un determinado momento no ser hija del rey Francisco de Asís, «ya que al rey no le gustaban más que los hombres y, en consecuencia, nunca ha tenido hijos».

Debido a su carácter independiente, la infanta se desenvolvió en la vida contrariamente a las rígidas normas protocolarias de la corte, abanderando un feminismo que acabaría por imponerse a finales del siglo XX. Conoció el exilio, el matrimonio —aunque impuesto—, los amores durante él y tras su di-

vorcio, ejerció la maternidad, viajó y, sobre todo, vivió conforme a sus propios impulsos, sin importarle el escándalo que muchas veces protagonizó, como cuando manifestó que «si el matrimonio es la expresión de la elección libre, el divorcio debe serlo también, y ofrece la ventaja de que el matrimonio no sea una cadena perpetua, como un yugo que aplasta o prisión elegida deliberadamente, para asegurar la subsistencia de la mujer». Ideas que mantuvo durante toda su vida, que se prolongó más allá de los noventa años. Su misma hermana Isabel recriminó su comportamiento pidiéndole que se comportara como la infanta que era, «siendo discreta y controlando sus opiniones y emociones», consciente de que podían malinterpretarse en una corte renaciente que trataba de olvidar el turbulento pasado de revoluciones y exilios. Pero era indudable que Eulalia, a la que Alfonso XII calificó como republicana y que desde su más tierna infancia se sintió fascinada por lo prohibido, no nació para ser infanta.

**Agustín Esteban Monasterio**  
Periodista

## 8. La Segunda República y la Guerra Civil

Agustín M. PULIDO  
**La Guardia Civil ante el bienio azañista, 1931-1933**  
Madrid : Almena, 2008  
240 p.  
978-84-96170-83-4 : 18,00 €

El libro de Agustín Pulido *La Guardia Civil ante el bienio azañista, 1931-1933* es una aportación al conocimiento del papel desempeñado por la Benemérita durante la II República. Se agradece, por-

que hasta hace bien poco la historiografía carecía de referencias que abordasen con objetividad y rigor las políticas de seguridad pública y el alcance del papel desempeñado por las fuerzas de seguridad. Afortunadamente, de unos años a esta parte han aparecido estudios que arrojan luz sobre ambos aspectos, sin los cuales el conocimiento de la construcción y funcionamiento de la administración del Estado español quedaba incompleto. Y no

sólo esto, sino que ofrecían visiones distorsionadas, según intereses, que desde el desconocimiento o la superficialidad en el tratamiento, nos alejaban del auténtico rol, sus causas y consecuencias. Felizmente superado con los estudios aludidos, es cierto que éstos se centran sobre todo en la Guardia Civil, y que el Cuerpo Nacional de Policía está a la espera de investigaciones que nos introduzcan en aquel conocimiento, pero también lo es que la

Benemérita fue hasta 1986 el principal pilar sobre el que descansaba la responsabilidad de garantizar la seguridad ciudadana en España.



Y aquí reside la importancia de estudios como el de Agustín Pulido. Centra su investigación en un período corto, de apenas tres años, pero que afectan a una etapa clave de nuestra historia reciente, como es la II República. Se trata de una investigación introductoria a un trabajo de mayor contenido, que el autor nos anticipa como resultado de la tesis doctoral que está elaborando sobre toda la etapa republicana, y que esperamos con impaciencia.

En el que nos ocupa, Pulido articula su discurso en tres grandes capítulos que analizan año a año el período azañista, todos apoyados en una densa documentación. Dentro de cada uno de ellos alterna el estudio operativo y organizativo de la institución con las principales decisiones que influyeron en el orden social y político, en especial las que afectan al orden público. Es, por tanto, un esquema convencional, sobre el que interesa más que nada la interpretación que el autor hace de cada uno de los aspectos sobre los que centra su trabajo. Al respecto, se echa en falta una mayor implicación, que aporte más luces, desde un espíritu crítico, a lo que respondió la actuación de la Guardia Civil en sucesos conocidos como Castilblanco, Arnedo y en general las numerosas insurrecciones obreras y campesinas que tuvieron lugar. No es sólo erudición lo que requiere un estudio de estas características. Exige también valorar las circunstancias en las que las fuerzas de seguridad se vieron obligadas a intervenir, la capacidad de influencia política — y social— que motivó las actuaciones tal y como se produjeron, y la mentalidad con la que los propios guardias civiles afrontaban su pa-

pel. Necesariamente, este planteamiento pasa por analizar la política de orden público y la estructura policial sobre la que descansaba ésta. Y es aquí donde también se esperaba una mayor implicación. Desde luego, no puede entenderse el papel de la Guardia Civil ni de ninguna otra fuerza de seguridad en un período concreto sin el análisis previo de la arquitectura de seguridad en la que cada institución se vio obligada a desarrollar sus funciones. Otra cosa es cómo fueron desempeñadas.

Por tanto, poseemos las fuentes, y Pulido las conoce y las trabaja bien, pero carecemos de una interpretación que permita una valoración más exacta del alcance de la actuación policial. En cualquier caso, una aportación más al conocimiento de la seguridad pública y de sus fuerzas, que la historiografía agradece porque la despoja de la orfandad que la caracterizaba hasta hace unos años.

Por último, hemos de destacar en el libro su cuidadísima presentación y el formidable despliegue gráfico, que contribuyen a hacerlo más atractivo. Sin duda un acierto que hemos de valorar por lo que supone de esfuerzo editorial y de compromiso.

**Miguel López Corral**  
Historiador

Amparo CABEZA DE VACA

### **Bajo cielos de plomo : Unas memorias y el diario de Rafael Salazar Alonso**

Madrid : Editorial Actas, 2009

363 p.

ISBN 978-84-9739-082-8 : 22 €

Conocer nuestra historia reciente es no sólo un Derecho, sino que debería ser una obligación para todos los españoles. Y parte de esa historia, pero de la historia real, y no de la que está siendo deformada por los sectores izquierdistas de la sociedad actual, es la que se recoge en *Bajo cielos de plomo*, una excelente obra que tiene como uno de sus principales puntos de interés el

diario inédito escrito en cautividad por Rafael Salazar Alonso, ministro de la Gobernación y alcalde de Madrid durante la II República.

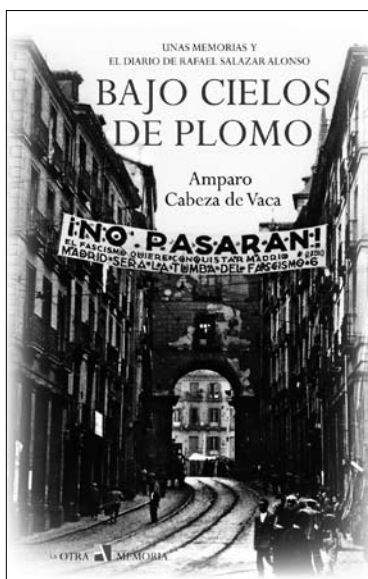
El libro comienza narrando los graves sucesos acaecidos en Extremadura, en concreto en la provincia de Badajoz, durante los años previos a la guerra civil. La II República se convierte en caldo de cultivo propicio para asesinatos, huelgas, expropiaciones forzosas, amenazas a patronos por parte de obreros sin la más mínima cualificación, robos, incendios de conventos y tantos otros desmanes de sobra conocidos. Pero lo realmente interesante es la narración de los mismos por parte de alguien que los vivió en primera persona, pues la familia de Amparo Cabeza de Vaca tuvo que huir temporal-

mente de sus tierras y ver cómo éstas eran destruidas por gente de la peor calaña, cuyo único mérito para recibirlas era el de la razón de la fuerza y la violencia desatada. Ésta, y no otra, era la realidad de una República que ahora se nos quiere pintar como modelo de honestidad, justicia y progresismo, y que no fue otra cosa que anarquía, caos y barbarie. Esta primera parte del libro se relata con un estilo muy vivaz y en ocasiones irónico, lo que ayuda a centrar el interés del lector.

Trasladada a Gijón a casa de su abuelo en 1936, Amparo Cabeza de Vaca cuenta cómo vivió, a tan corta edad como los ocho años, el secuestro y brutal asesinato de Calvo Sotelo, tras el cual el capitán Condés y el teniente Moreno, entre otros, son tildados de «salvadores de la República» por la prensa afecta al régimen de la época. Tal era el estado de las cosas en los días previos al comienzo de la guerra. Poco tiempo dura esta estancia en Gijón pues, a principios de agosto, la situación en la citada localidad se hace insostenible y tienen que volver a viajar, en esta ocasión hasta un pequeño pueblo de los Picos de Europa. La peregrinación continúa por Oviedo, San Sebastián... hasta que, finalmente, recalcan milagrosamente de nuevo en Villafranca (Badajoz), ya en manos de las tropas de Franco.

En opinión de la autora, gran parte de la explicación a todos los hechos acaecidos previos a la guerra civil se debe a que España no fue en el 36 sino un ensayo de la revolución comunista que Stalin quería extender a todo el mundo. Y plantea, acertadamente, la cuestión de por qué se silencian en la actualidad los crímenes de Stalin, mientras se recuerdan frecuentemente los de Hitler. La crueldad e intolerancia aparecen en manos de la prensa izquierdista como patrimonio del fascismo y del nazismo, mientras que la violencia y barbarie roja fue, según estos mismos medios, legítima y justificada, en un alarde de ocultación y cinismo.

En lo referente al personaje central de la obra, Salazar Alonso se nos muestra como un hombre esencialmente bueno, pero que había perdido la fe y luchaba por recuperarla en los años previos a la guerra. En consecuencia con sus ideales católicos, acompaña el féretro de Calvo Sotelo junto a Gil Robles el día del entierro y se muestra en desacuerdo con muchos de los actos violentos promovidos por los frentepopulistas en aquellos momentos. Detenido a primeros de septiembre de 1936, abandonado por sus amigos y familiares por puro temor



a ser inculcados en línea con las falsas acusaciones que estaban a la orden del día, Salazar Alonso escribe en cautiverio el diario que se recoge en *Bajo cielos de plomo*, del cual tenemos esta transcripción gracias a Amparo Cabeza de Vaca, que lo leyó cuando apenas llegaba a los veinte años, con la condición de devolverlo en 24 horas, y lo copió por el interés que despertó en ella.

En la «memoria» inicial se narran su nacimiento, sus años de colegio, los primeros artículos que escribe con apenas trece años, sus inicios en el socialismo, aún con un carácter utópico y esperanzado, su carrera de Derecho que finaliza a los veinte años... Toda una serie

de acontecimientos que sirven al lector para formarse una idea del carácter del ex ministro.

Ya en el diario propiamente dicho, como se ha mencionado escrito durante su cautiverio, el autor nos explica cómo su estado de ánimo variaba de unos días a otros, pasando del pesimismo por verse injustamente encarcelado, privado de cualquier beneficio y sin poder apenas asearse ni salir al patio de la cárcel, al optimismo moderado cuando le comunican que tiene alguna visita, cuando recibe libros o cartas, o cuando se asigna su defensa en el proceso a Botella Asensi, ministro de Justicia en tiempos de Lerroux.

Asimismo, en estas páginas centrales figuran datos para que podamos ahora conocer de primera mano lo que no fue sino un simulacro de juicio, tan de moda en aquellos tiempos, que terminaría con la condena a muerte de Salazar Alonso bajo la acusación de participar y apoyar la sublevación militar del 18 de julio. Este juicio es demostrativo de lo que fue la II República: una auténtica farsa, pues Salazar Alonso no sólo era republicano, sino que además había sido masón y podría ser definido como un opositor radical a los principios que alumbraron el alzamiento militar. Pero, a la vez, era un hombre culto, y precisamente por esa cultura que poseía, seguramente fue conocedor de lo inevitable de su destino nada más ser encarcelado.

Especialmente trágicas son las páginas donde se nos muestra a un personaje enfrascado en sus últimos días en la lectura de obras sobre la Revolución Francesa, obras cuyos personajes terminan por sufrir la misma suerte que el lector de las mismas, cambiando simplemente la guillotina por el fusilamiento como medio del asesinato. Su angustia se refleja en unas líneas en que nos relata cómo piensa no sólo en él, sino en otros que

«estarán como yo en sus celdas, muchos sin saber por qué. Pienso en sus torturas, en los tormentos de sus cerebros y de sus almas».

La prueba del juicio, en sus propias palabras, no fue más que una «falsedad amontonada». Los testigos, supuestos amigos, estuvieron siempre «atentos a defenderse ellos, a alejar de ellos no sólo toda la responsabilidad sino toda sospecha». El último día, Salazar Alonso se confiesa no pesimista, sino tranquilo y sereno ante el drama que se avecina, drama que califica como de minúsculo, y con razón, al lado del drama que amenaza a la Patria, «desangrada, despedazada y entregada por torpeza de todos a una lucha horrible».

La influencia masónica en el caso Salazar fue importantísima. Así lo refleja el hecho de que el magistrado Orbeta, el fiscal Palacios y gran parte del jurado que le condenan a la pena capital fueran integrantes de diversas logias. La obra aporta pruebas que demuestran estos extremos.

Especialmente emotivos son los últimos momentos del día de la ejecución, en que Salazar es despedido por un «amigo de la infancia» que solicita visitarle en su celda, siendo en realidad un sacerdote que le administra los últimos sacramentos y que se encarga de llevar a su familia el consuelo de que moría dentro de la fe católica. Salazar, frente al pelotón de ejecución, grita un «¡Viva España!», y es fusilado. También se relatan los momentos posteriores, en que según las versiones oficiales desfilan ante él fuerzas de la Guardia Republicana, de Asalto y Milicias, cuando en realidad sólo recibe insultos, patadas, tiros y todo tipo de vejaciones.

El fiscal del caso había dicho: «La Historia nos juzgará a todos». Quizá se equivocó, pues cierta corriente de opinión se empeña en falsear esa Historia. La pregunta que plantea Amparo Cabeza de Vaca en el libro es: ¿Por qué lo hicieron? ¿Quizá como advertencia a

otros compañeros de camino, para que no se desviarán de la línea recta marcada por los más radicales?

Pero la tragedia de Salazar Alonso no es la única que asoma en estas páginas. La autora, con familia en Asturias, Extremadura y Barcelona, relata los sufrimientos a manos de los rojos de todos los estratos sociales: campesinos, obreros, clérigos, diplomáticos, etc. El terror en el Madrid rojo, la persecución encarnizada a su familia, el refugio en la legación noruega de Félix Schlayer —siendo de especial interés el relato de las tertulias allí mantenidas— y la salida, por fin, hacia la España nacional, son narrados magistralmente por Amparo Cabeza de Vaca. Asimismo, el genocidio de Paracuellos, la mentira de la matanza de Badajoz, las andanzas de los maquis en Extremadura, el robo que pasó a engrosar el tesoro del Vita —calificado por Alexander Orlof, dirigente de la NKVD, como «el mayor atraco de la historia»— y los difíciles años de la posguerra en una España destrozada, merecen también la atención de la autora, que los explica con el rigor histórico que sólo proporciona el haberlos vivido en las propias carnes.

*Bajo cielos de plomo* es una obra amena y narrada con maestría, a pesar de lo angustioso de los hechos relatados y el dramatismo que se respira a lo largo de la misma. Una obra que recupera para la verdad un período terrible de nuestra Historia que se ha intentado —y se sigue intentando— deformar, pero de cuya realidad cada vez existen más evidencias gracias a autores valientes como la que escribe este libro. Como dice la autora en el epílogo, un libro dedicado —y destinado, añadiría yo— «a las buenas gentes leales, valientes e inteligentes», pues las mentes cerradas y adulteradas por la propaganda progre no sabrían apreciarlo.

**Antonio Monroy**  
*Historiador*

## 9. El Régimen de Franco

Rafael YZQUIERDO PERRÍN  
**España años 40**  
Bilbao : Beta III Milenio, 2008  
203 p.  
ISBN 978-84-89212-76-3 : 23,00 €

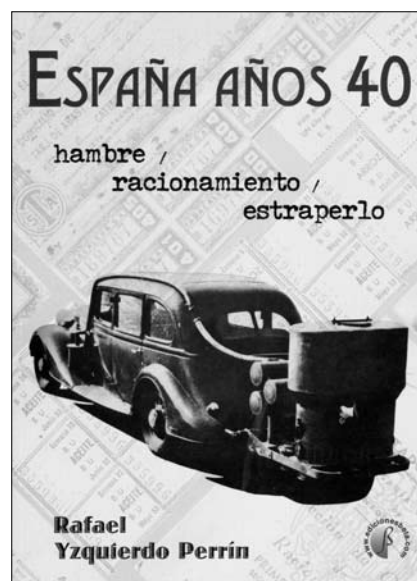
En muchas ocasiones uno se enfrenta a un libro cuya lectura lamenta por el tiempo empleado en ella. Nos ocurre a todos. Sin em-

bargo, no deja de ser una cuestión de valoración en base a que no todos los criterios ni los gustos son iguales. Lo que a uno le parece mal o bien, es diferente en otras opiniones, ya que para gustos se han hecho los colores. Lo que sí es cierto es que antes de juzgar es preciso haber leído la obra en cuestión; desde el principio hasta el fin, pues

en cualquier momento puede darse algún factor de interés. Sólo así podremos aportar una información crítica cuando menos completa, aunque un juicio personal no sea ni mejor ni peor que cualquier otro juicio. Esta consideración se refiere a la obra de creación cualquiera que sea su estilo, pero si la obra carece de ese mínimo, ¿qué es lo que he-

mos de juzgar? Recurrir a las citas de otros autores o a los hechos históricos —por ejemplo— publicados con anterioridad a la obra cuestionada es lícito. Muchas veces resulta hasta conveniente, y para ello está la bibliografía. Pero si esa obra es una continua referencia a la labor de otros carece del más mínimo interés y lleva a cuestionarse la razón por la que se publicó el libro. Es la pregunta que surge tras haber leído *España años 40*, de Rafael Yzquierdo Perrín, al que no me atrevo a calificar como autor de la misma.

Los verdaderos autores son aquellos funcionarios que, en su momento, desarrollaron las leyes correspondientes y las mandaron publicar en el Boletín Oficial del Estado. Con ellas y el añadido de algunas frases de Julio Camba, Camilo José Cela y algún nombre más —pocos— es como se ha confeccionado este libro que el señor Yzquierdo ha firmado como autor en lugar de hacerlo como transcriptor. Apenas llegará a un cinco por ciento la aportación personal. Aportación documental, que en ningún caso literaria.



Ni en el caso de lo recogido en los textos oficiales ni en los de otros autores ha habido la más mínima

originalidad para situar el momento español al que se refiere el título. A nadie se le escapa la situación por la que España atravesó en aquellos años 40, cuando el hambre, motivada por la escasez de alimentos derivada de una reciente guerra, se adueñó del país. Hubiera ocurrido con cualquier gobernante, por lo que no se hace necesario insistir en el nombre de quien gobernaba con una animadversión que sólo justifica un estado de pensamiento. Especificar con cita que «queda prohibida la publicación de las palabras “banquete”, “comida” o alusiones a las mismas en los actos públicos y de sociedad organizados en Madrid a excepción de los que tengan puro interés diplomático» apenas supera el rasgo de lo anecdótico. En cuanto al problema del hambre y su análisis, la aportación es nula.

No menos puede decirse en cuanto al racionamiento, uno de los capítulos —pocos— que conforman este libro. A estas alturas lo único que cabe es llevar a cabo un estudio pormenorizado acerca del mismo, pero contarnos que existió es algo tan de sobra conocido que no requiere el menor gasto de papel ni de tinta para imprimir. Otro tanto se puede argumentar en lo que se refiere al estraperlo, que tampoco va mucho más allá de los motivos que dieron origen al nombre y que hasta los estudiantes de la LOGSE conocen. Todo aquello —racionamiento y estraperlo— terminó en 1952, cuando la situación se pudo controlar, y con ello terminó la misión desarrollada en las ventanillas oficiales, en las que el «papeleo» se llevaba a cabo en documentos hasta quintuplicados y con el timbre móvil correspondiente donde no faltaba el escudo nacional «de entonces», dice el autor. ¿Cuál quiere que se utilizara? Casi es preferible la aburrida suce-

sión de artículos entresacados del BOE que, por otra parte, perfectamente pudiera haber relacionado un becario de cualquier materia. Ni siquiera procedente de una Facultad de Historia.

A los anteriores temas —hambre, racionamiento y estraperlo— Rafael Yzquierdo incorpora los temas del tabaco, el gasógeno y la muñeca Mariquita Pérez para dar por completada la situación por la que atravesó España en los años 40. Tan pocos son los elementos concurrentes para determinar la situación del país en aquella década. El tabaco, supone el autor y así lo reconoce en el texto, «resultaba un entretenimiento estupendo que hacía olvidar las ganas de comer, el tener frío, la ropa a jirones y el calzado roto. Para los recogidos en aquellas inmensas salas hospitalarias, enfermos, también se les iba la cabeza con el “cigarrito”, que apenas había medicinas para curarles; y a los mayores que se les acercaba la hora del último viaje, y así. El tabaco jugó un importante papel tanto en las trincheras como en la retaguardia y después en la penuria». Una buena solución para hacer frente a la actual crisis; es una idea. Ídem sobre el gasógeno, que el actual precio de los combustibles puede ponernos en situación de volver a pensar en él. Claro que con unos gobernantes tan distintos a los de entonces podría llegarse a considerar que se trata de un avance de la tecnología y todos tan contentos.

Con el mínimo capítulo dedicado a Mariquita Pérez queda resuelto el repaso a la España de los 40, en la que parece que nunca hubo ricos y pobres. Los primeros pudieron comprar aquella muñeca para que sus hijas jugaran a «mamás», mientras que las de los otros tuvieron que conformarse con juguetes «por llamarlos de alguna manera,

carentes de atractivo, inexpresivos, rústicos, toscos y desangelados, embadurnados de colores chillones, por lo que tanto las niñas como los niños tenían que echar mucha imaginación a la hora de pasar un rato con ellos». «Eran —finaliza el libro— unas niñas y unos niños que no entendían nada de lo que estaba pasando, de lo que hacían los mayores [...]».

Muchas veces ocurre que tampoco se entiende para qué se publica un libro. Lo que lamento con estas líneas de opinión es que alguien, atraído por la curiosidad de saber si lo que se dice en ellas es cierto, compre el libro. Usted perdone.

**Agustín Esteban Monasterio**  
*Periodista*

David BAIRD

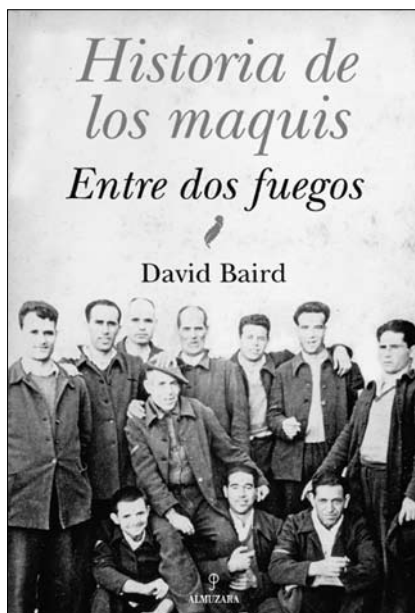
Prólogo de Ian Gibson

## **Historia del maquis : entre dos fuegos**

Córdoba : Almuzara, 2008

336 p. + 40 de ilustraciones

ISBN 978-84-96968-68-4 : 23,50 €



El presente libro, avalado por la nota inicial de Paul Preston y el pró-

logo de Ian Gibson, investigadores de la historia española contemporánea, nos lleva desde una descripción detallada de la resistencia armada al régimen vencedor en la guerra civil de 1936-1939, hasta un emocionante trabajo de campo en un pueblo de las estribaciones de la sierra de Almirajara, en el límite oriental de la provincia de Málaga.

El título de la obra en realidad cita las dos labores que el autor ha realizado: una primera es un estudio en profundidad y con una investigación documental muy amplia, tanto en archivos españoles como del extranjero —no disponibles al público durante más de treinta años— del acontecer histórico de la guerrilla que actuó en España tras el fin de la guerra civil. La segunda es un relato de la situación dramática de un pueblo que se encontró en primera línea de una lucha entre quienes se incorporaron a la guerrilla con vínculos familiares en el pueblo y la represión de las fuerzas del régimen a la mínima sospecha de quien a su juicio ayudaba a la guerrilla.

Se inicia el trabajo del libro con una descripción cronológica de la vida del pueblo de Frigiliana desde el comienzo del siglo XX hasta su situación de enclave turístico de la actualidad, pasando por el torbellino de violencia —palabras del autor— que sufrió en los años posteriores al fin de la guerra civil.

Comienza la crónica de la historia de Frigiliana con la recopilación de antecedentes de la misma acción de «echarse al monte», desde los moriscos vencidos por los cristianos, hasta la guerrilla que luchaba contra las fuerzas francesas, y sacando a la luz recuerdos tan emotivos de la vinculación del pueblo a la lucha, como la coincidencia del apellido del primer frigiliano que sentó la bandera cristiana en el pueblo liberado de moriscos con el de tres hermanos

que se incorporaron al maquis en los años cuarenta.

Después de una breve descripción de la difícil situación social y económica del pueblo que nos ocupa, y de su entorno, se inicia un proceso de análisis de los acontecimientos más importantes de la época y su influencia en el pueblo. Este proceso comienza con el comportamiento de los miembros del Frente Popular tras su triunfo en las elecciones generales de febrero de 1936, señalándose que no se registraron los actos de barbarie vividos en otros pueblos de la comarca, llegándose a impedir actos de violencia de extremistas venidos de fuera. Un año después la situación da un vuelco tras la entrada en el pueblo de las tropas nacionalistas, iniciándose una persecución implacable a toda persona relacionada con la República.

Al finalizar la guerra, los vecinos que habían luchado en el ejército republicano fueron juzgados y condenados a prisión en algunos casos, otros fueron enviados a campos de trabajos forzados en obras de canales, pantanos y vías férreas. Aquí da comienzo el éxodo a la sierra de buen número de hombres de la región, imitando así lo que era una tradición en Andalucía entre los fugitivos de la justicia.

Se inicia la descripción de la génesis de lo que una de las partes denomina «maquis» o guerrilla, y bandolerismo la otra, con la consolidación de fuerzas de la oposición en el exilio en el ente Unión Nacional Española, creado por el Partido Comunista de España, al que se adhirieron gran número de excombatientes republicanos que luchaban en la resistencia francesa y que confiaban en exportar a España este movimiento guerrillero. Se describe el proceso de filtración en la península, contacto con los huídos, formación de seis agrupaciones

e introducción de armas, por tierra desde Francia y por la costa desde el norte de África.

El autor expone con gran detalle los movimientos de los servicios de inteligencia norteamericanos e ingleses, principalmente tras el desembarco en el norte de África en 1942, donde crearon centros de adiestramiento de especialistas en comunicaciones, operaciones clandestinas y preparación de hombres para la guerrilla, así como sus éxitos y fracasos. También se describe la entrada por la costa de los primeros contingentes de guerrilleros entrenados y armados por los norteamericanos.

Se reseña a continuación la sorpresa y el malestar de Santiago Carrillo, dirigente del Partido Comunista, por el desconocimiento de las órdenes del partido exiliado en México respecto a «no tener nada que ver con los norteamericanos».

Comienza la descripción en profundidad de la creación de una fuerza guerrillera con preparación y armamento, desde el desembarco en un pequeño pueblo de la costa hasta su contacto con los huidos, disidentes y campesinos. Tras el fracaso y desaparición del primer grupo, el partido eligió a Juan José Muñoz Lozano (a) Roberto, para unificar la resistencia de las sierras de Málaga y Granada, desarrollando una gran actividad organizadora.

Sigue una detallada crónica de las dificultades que conlleva la vida en la sierra, desde los problemas de subsistencia hasta la disposición en todo momento de realizar marchas en condiciones extremas de peligro. La disciplina era tan estricta y el rigor con que se castigaba cualquier relajación de la vigilancia, que varios guerrilleros desertaron y se presentaron a las autoridades.

Continúa el libro con la relación de las experiencias del pueblo y los

cortijos de los alrededores con la guerrilla de la sierra: secuestros con muerte de rehenes en algunos casos, robos de ganado, atracos, asesinato de sospechosos de relaciones... La violencia de las fuerzas de la Guardia Civil ante cualquier sospecha de ayuda al maquis, bien con información o con comida, llegaba en algunos casos hasta la sumaria aplicación de la ley de fugas o la simple desaparición.

Seguía la lucha durante 1948 sin conocer que el partido comunista estaba estudiando poner fin a la guerrilla, siguiendo las recomendaciones de Stalin respecto a continuar la lucha mediante la infiltración en sindicatos y otras asociaciones.

La objetividad del autor le lleva a relatar también las penalidades de los miembros de la Guardia Civil, lejos de sus hogares, patrullando durante varios días sin descansar, sujetos a emboscadas, viviendo en un entorno hostil y sometidos a una disciplina muy rigurosa.

Con la reseña de un triste suceso de violencia perpetrado por soldados de Regulares apostados en Frigiliana, el autor inicia la enumeración del proceso de desaparición de la guerrilla: fugas, traiciones, delaciones, ejecuciones, presentaciones ante las autoridades, huida del mando supremo de la zona —Roberto—, detención y fusilamiento de éste y de varios guerrilleros del grupo.

Finaliza esta primera parte del libro con la crónica de las esperanzas de la oposición de que al final de la Segunda Guerra Mundial, la presión de los países vencedores señalaría la caída del Régimen, pero el enfrentamiento posterior a 1945 entre Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos respecto a la Unión Soviética, convirtieron a Franco en parte del bloque antisoviético en lo que durante décadas se denominó Guerra Fría.

El autor, al hacer balance de las escuetas cifras del coste en vidas en los dos bandos de la contienda, apela a la sensibilidad del lector, al citar que no incluyen el efecto humano de los años de guerra, las familias rotas, las vidas destruidas y sus secuelas durante una generación.

La segunda parte está constituida por lo que el autor denomina testimonios personales de los actores del drama de ese pueblo y de sus familiares, donde se relatan los recuerdos de guerrilleros, guardias civiles, funcionarios, campesinos, obreros, pastores y parientes de vecinos fallecidos, víctimas de la violencia que dominaba en las dos partes de un conflicto en el que cualquier error o debilidad en los cometidos significaba la muerte a manos de camaradas o de adversarios.

El trabajo del autor queda rematado con abundante información gráfica en páginas centrales y finaliza con la biografía resumida de los veintinueve frigilianos que se echaron al monte, y con una relación de las numerosas fuentes utilizadas en la construcción de este emocionante mosaico de hechos acontecidos atrás en más de medio siglo.

**Miguel Tercero Castresana**  
*Historiador*

Juan SOTO VIÑOLO

## **Los años 50**

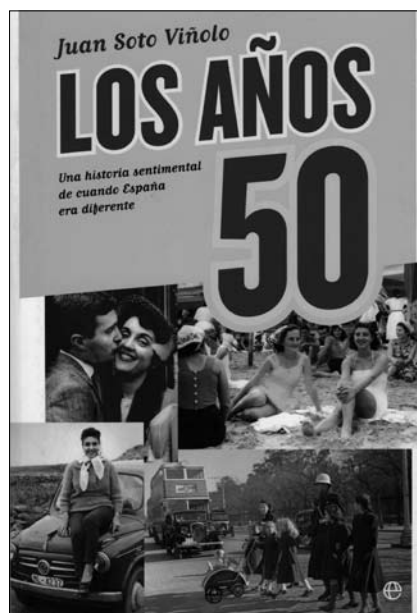
**Madrid : La Esfera de los Libros, 2009**

**441 p. + 48 de ilustraciones**

**ISBN: 978-84-9734-812-6**

Con una vivacidad expresiva adquirida en su dilatada experiencia como guionista, realizador de programas informativos y culturales, y crítico taurino, el autor nos transcribe la evolución de la sociedad española durante la década que suce-

dió a la inmediatamente posterior al final de la guerra civil.



Esta experiencia, enriquecida con la investigación bibliográfica —casi cincuenta libros—, y de fondos de más de una veintena de periódicos y revistas de la época, le ha permitido plasmar un fresco en el que todo aquel que haya vivido esos años se encontrará en algunos momentos como el protagonista de acontecimientos, escaseces, alegrías y penurias que ya consideraba parte de un pasado muy lejano.

Aparte del *panem et circenses* romano que en España tendría su equivalente en «fútbol y toros», con ídolos como Gento y Kubala en un campo —valga la broma—, y Domingín y El Cordobés en otro, el autor nos hace una descripción de los aspectos más representativos de la sociedad de esa época —vida cotidiana, emigración, espectáculos, educación, literatura, censura—, que el índice nos presenta en una colección de más de cincuenta instantáneas que van desde el aspecto más intrascendente, como el piropeo, hasta el detalle de las instituciones de mayor tradición durante la década —Frente de Juventudes, Sección Femenina, Auxilio Social, Policía

Armada, Servicios Social y Militar, No-Do—, sin olvidar acontecimientos como el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, el inicio de la Televisión y la salida del primer Seat seiscientos (que dio origen al apelativo de «seatones» a sus orgullosos propietarios).

El autor aporta gran cantidad de detalles de personajes y escenarios literarios de la vida cultural de Barcelona y Madrid, de mayor abundancia y peso específico en el caso de la capital catalana, dada su mayor experiencia en su región de origen y sus 27 años de labor en Radio Nacional de España en Barcelona.

No quedan olvidadas otras actividades y noticias que fueron motivo de alegrías: el retorno de los últimos soldados de la División Azul, y los triunfos españoles en hockey, ciclismo y atletismo.

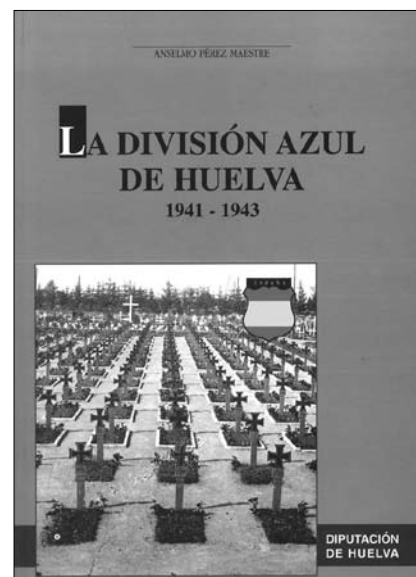
Las letras de tangos, rumbas, boleros, cuplés y chotis, y el medio centenar de páginas de información gráfica, aportan un atractivo complementario al cuerpo unas veces dramático y otras cómico de la memoria histórica de una década que, según comentario exterior del libro «comenzaba a perder el gris para recuperar el tinte color».

**Miguel Tercero Castresana**  
*Historiador*

Anselmo PÉREZ MAESTRE  
**La División Azul de Huelva**  
Huelva : Diputación Provincial, 2008  
292 p.  
ISBN 978-84-8163-459-4 : 25,00 €

Confluyen en esta obra tres circunstancias que la hacen meritoria en estos años en que la política de la llamada memoria histórica trata de hacer tabla rasa de aquellos sujetos históricos que no se avienen fácilmente a la corrección política.

El mero hecho de afrontar una investigación de estas características hasta el punto de alcanzar su publicación es suficiente para tener este título en cuenta. Pero a esta cualidad se suma la de haber sido elaborada por alguien que se declara alejado de los postulados ideológicos que animaron la constitución de esta unidad militar de voluntarios, con una honestidad que ya quisiéramos encontrar en muchos que dicen dedicarse profesionalmente a la historiografía, cuando es más a la publicística a la que dedican sus desvelos. A ello puede ayudar, sin ninguna duda, el hecho de que el propio progenitor del autor se alistara voluntario en la División Azul, pero ello no resta un ápice de valor al gesto de su hijo, que no duda en calificar a aquélla de «Gran Unidad Española» (p. 212). Esta valentía queda refrendada mediante la edición del trabajo por la Diputación de Huelva, institución gobernada por la mayoría socialista y que se dice preocupada por la memoria histórica, a la que también pertenece —como dice el autor en la presentación— este pequeño apartado de nuestra historia.



Sigue Pérez Maestre la estela de otras investigaciones que han inda-

gado en las aportaciones locales a la gesta divisionaria, estudios de los que aún quedan muchos por realizar. Más allá del talante con que afronta el objetivo propuesto, aporta el autor algunos elementos que hacen de su obra objeto de obligada consulta. De una parte, los testimonios directos de algunos divisionarios a los que ha tenido acceso —las memorias de su padre y las de un prisionero regresado en el «Semíramis», amén de otros— aportan elementos suficientes para ratificar la verosimilitud de gran parte de las afirmaciones contenidas en la obra. De otra, la elaboración de una exhaustiva relación de alistados onubenses, en gran parte con mención expresa de su profesión, que ofrece

la oportunidad de profundizar en el análisis del conjunto de los divisionarios. Pero, lamentablemente, ésta es una de las lagunas que padece esta obra. Y es que el autor no va más allá de la valoración testimonial de cuantos datos ha recogido, incapaz de explorar su ingente riqueza historiográfica. Es cierto que Pérez Maestre ya se disculpa de antemano por las carencias que puedan apreciarse en su trabajo, pero tal honradez no es suficiente para eximirle de la crítica.

Lamentablemente, no es ésta la historia de la División Azul de Huelva —como confusamente se titula la obra, cargando de tintes localistas un hito histórico de carácter nacional—, que aún queda por escri-

bir; ni siquiera es una historia más de la División Española de Voluntarios. Para ello habría sido necesaria, al menos, la consulta de algunas obras trascendentales que se echan de menos en la menguada bibliografía y una más concienzuda indagación en los archivos. Abre, sí, esta obra un surco que deberá profundizarse en el futuro; pero al mismo tiempo hurta su posibilidad inmediata a nuevos investigadores, de modo que tendremos que esperar algún tiempo hasta que se realice una investigación más profesional del componente onubense de la División Azul. Ojalá que para entonces no sea demasiado tarde.

**Rafael Ibáñez Hernández**  
Historiador

José Manuel CUENCA TORIBIO  
**Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo**  
Madrid : Editorial Actas, 2008  
Colección El Estado de la Cuestión  
220 p.  
ISBN 978-84-9739-068-2 : 22 €

Dos años después de publicar *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo (1808-1814)*, que obtuvo el Premio Ortega y Gasset de Ensayo y Humanidades Villa de Madrid 2007, el profesor Cuenca Toribio vuelve a poner su vasta cultura al servicio de otro concepto cardinal. Si en la obra citada se analizaba lo que el autor definía como «la piedra miliar del itinerario contemporáneo de la nación española», «el capítulo inicial de nuestra historia contemporánea» o «el kilómetro cero de la contemporaneidad española», ahora se deslindan los términos de otra heredad: el nacionalismo español. Es decir, cuando gran parte de la historiografía actual se agolpa circunstancialmente en interesados atolladeros, uno de nuestros historiadores más prolíficos y variados despeja otras sendas para quien quiera transitarlas pasadas ya las coyunturas.

Así entendido, quizás estas dos últimas obras de Cuenca Toribio —síntesis de bibliografías clásicas y últimas— sean complementarias, pues ambas tratan de hechos y dichos muy presentes aún en nuestra convivencia y que atañen a la contemporaneidad más que a las esencias y naturaleza de realidades que no deberían cuestionarse.

En tiempos, pues, de nacionalismos en plural —que no plurales—, Cuenca Toribio ha echado su cuarto a

espadas sobre un nacionalismo singular —y es voluntaria la polisemia—: el español, al que hace hijo del catolicismo y del liberalismo, ascendencia no negada por ninguno de los grandes politólogos y sólo cuestionada cuando se contempló, en su tercer momento, a través del tamiz del franquismo y del llamado nacionalcatolicismo, que queda definido como «una breve deriva en el corto curso de la tercera experiencia del nacionalismo español» (p. 15) o «la deformación hipertrofiada y manipuladora de una visión de la historia de España» (p. 206), pero gestada en círculos intelectuales más elevados de lo que normalmente se acepta o se pretende. Sus dos primeros momentos ofrecen perfiles más nítidos: «un nacionalismo superador y —sin paradoja— integrador» entre 1830 y 1900 y otro «centralista y



eminentemente cultural» entre 1900 y 1930 (p. 15). Es decir, que el componente católico presente en las raíces nutricias del nacionalismo equilibrado hasta entonces quedaba politizado —por factores internos y externos— en la corola vistosa de lo que floreció con el nombre de nacionalsindicalismo, «un fenómeno único y aislado, sin que pudieran encontrarse en Occidente —y en todo el mundo, quizá...— otros procesos de idéntica índole» (p. 131) y que en España cabría acotar en los veinticinco años de la fundamentación y fulgor de la dictadura franquista (1942-1967).

Los cuatro capítulos en que Cuenca Toribio divide la obra ilustran la sucesión cronológica de las corrientes ideológicas analizadas: en el primero de los capítulos trata del nacionalismo español «entre falangistas y católicos» y la ósmosis empobrecedora en ambos sentidos: el nacionalsindicalismo y la politización del catolicismo. En el segundo capítulo se analiza el nacionalismo y la religión en juristas y pensadores del «primer franquismo». Así, se habla, por ejemplo y entre otros, de García Morente en un año en que se cumplen 75 desde que en 1933 se inaugurase la nueva Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria con su plan de estudios como baquiano intelectual.

Ha de anotarse, sin embargo, que los tiempos de Morente fueron beneficiarios de toda una ordenación y esfuerzos anteriores y que la Ciudad Universitaria que las guías docentes de 1931 elogiaban ya como «modelo de construcciones académicas del mundo entero y asombro de intelectuales y de turistas», fue empeño y logro de Alfonso XIII. Concebida en 1924 por el monarca como obra nacional ajena a vaivenes políticos, en mayo de 1927 se creó por Real Decreto-Ley su Junta Constructora y en noviembre siguiente tuvo lugar el viaje —Viaje de la utopía, según la obra de Pablo Campos Calvo-Sotelo (2002)— a Estados Unidos para tomar referencias de campus norteamericanos. La Ciudad Universitaria se insertó, así, dentro de un proceso general de modernización en España.

En el capítulo tercero se trata de definir qué fue el nacionalcatolismo y en la cuarta y postrera parte se aborda el último nacionalismo español que tuvo en Menéndez Pidal a su más importante definidor en el XX, con la polémica Castro-Sánchez Albornoz como ilustradora de las dos concepciones mayoritarias de la historia de España. En referencia a Menéndez Pidal, su figura ve completada así una faceta más de las resaltadas a lo largo de 2007 con motivo del centenario de la creación de la Junta para la Ampliación de Estudios en 1907 y el posterior nacimiento del Centro de Estudios Históricos en 1910, con don Ramón como director. Pidal

es, en palabras de Cuenca Toribio, «el más importante definidor del nacionalismo español del siglo XX» —en su tercera y última fase inaugurada por algunos escritos pastorales del primado Gomá— y se documenta el aserto con dos textos liminares que lo culminan, en su doble sentido de excelencia y de liquidación. En primer lugar, su prólogo al tomo I de la *Historia de España* que dirigiría hasta su muerte y que hoy ha incorporado sus apellidos a su referencia bibliográfica, y en el que, en una visión anticipada, Menéndez Pidal colocaba el «hecho superestructural», esto es, la fuerza centrípeta del Estado, sobre las tendencias centrípetas y separatistas; se muestra cómo no fue D. Ramón quien, nunca alineado políticamente, se aproximó a ideas nacionalistas del franquismo, sino cómo éste manejó —en ocasiones a su antojo— el pensamiento pidaliano subyacente a su explicación histórica. El segundo de los textos anunciados es su introducción a la *Historia General de las literaturas hispánicas* (1949) dirigida por Guillermo Díaz-Plaja en el que, aunque aplicado más a la creación escrita, Menéndez Pidal vuelve a tratar de caracteres generales y rasgos del temperamento español.

Es en estas páginas donde Pidal subraya la sobriedad como rasgo hispano definidor y permanente a través del tiempo, desde la época de Augusto en que Trogo Pompeyo, en el último de los cuarenta y cuatro libros de sus *Historias Filipicas*, que conocemos gracias al epítome de Justino, atribuyó a Hispania una «dura y rigurosa sobriedad» (*dura et adstricta parsimonia*), junto con una «viva agilidad y espíritu inquieto». Esta sobriedad que implica sencillez en todas las acciones —Trogo Pompeyo señala que los hispanos no preparan ningún festín para los días de fiesta— tiene un fundamento ético que reniega las concepciones solipsistas del arte y los excesos formales que alejen o desvinculen lo estético de lo real. Como afirmó José Antonio Marina, en «Ortiz Echagüe y la realidad», palabras preliminares al catálogo sobre el fotógrafo en la exposición que le dedicó el Reina Sofía en 1999, «en este momento, el arte y la filosofía han perdido la realidad, quieren recuperarla pero no saben cómo. Por eso toda reflexión sobre el realismo desborda la estética para entrar en la metafísica». La clave para esa recuperación fue mostrada por Sartre en sus póstumos *Cahiers pour une morale* (1983): la presuposición del realismo es que Dios existe. En verdad, la presuposición del arte es que Dios existe: «Hay que ser terriblemente religioso para ser artista» afirmó D.H. Lawrence. Sin embargo, el arte cristiano no puede ser otra cosa, según definió Menéndez Pelayo, que «una aproximación tímida hacia su objeto». Aun conteniendo en su fondo el germen de una grandeza artística superior a

todas, y precisamente por eso, el arte histórico de los pueblos cristianos no ha alcanzado en su forma, por su mismo carácter de limitación humana, la dimensión sobrenatural de sus ideas. «Un arte cristiano perfecto y adecuado a su fin, sería una monstruosidad inconcebible», sentenció don Marcelino. Más de un siglo después, el rumano Adrian Marino vino a insistir en ello en una breve parte de su monumental *Hermeneutica ideii de literatur* (1987) al tratar de la literatura sacra, cuando afirma que respecto a la experiencia espiritual originaria, el texto literario en particular no puede ser sino pálido, restrictivo, incompleto y superficial. Pero es precisamente por esa «experiencia espiritual originaria» por lo que el arte ha alcanzado su mayor expresión cuando ha sido conmovido por la grandeza de tales pulsiones. Steiner ha llegado a afirmar recientemente, en *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento* (2005), que «el homo se hizo sapiens [...] cuando surgió la cuestión de Dios».

Sin embargo, tanto se ha querido adelgazar el hilo de la voz pidaliana en este sentido que incluso se ha culpado a textos de esta época y de este jaez combativo y «ocasional» de impedir la conclusión de dos de sus grandes historias proyectadas: la de la lengua española y la de la épica; la tercera, la del romancero, se publicó en 1953: *Romancero hispánico: Hispano-portugués, americano y sefardí*.

A favor o en contra de las líneas generales traza-das por D. Ramón —que en el fondo pretendía acercar, mediante el diálogo racional, los extremos de su tiempo— se situaron pronto autores posteriores: Laín Entralgo frente a Calvo Serer, por ejemplo. Uno de sus discípulos predilectos, Américo Castro, «jugaría un papel decisivo y, a la postre, frustrante» (p. 180) a raíz de publicar *La realidad histórica de España* (1948) y sus-citar la polémica con Sánchez Albornoz sobre la identidad

nacional y la reconstrucción del pasado hispano, que se prolongaría entre «los gustadores del vinillo puro de la verdad» aportada por éste y los que se dejaron «seducir por el oropel de las alhajas bellas pero falsas» de aquél, por aprovechar los términos del autor de *España, un enigma histórico* (1956), que venía a refrendar lo esencial de la visión pidaliana y, remontando algo más, la del otro gran Menéndez de nuestras letras.

El enfrentamiento entre ambos en tiempos de pos-guerra civil escapaba a la contemporaneidad y hundía sus raíces o en tierra de godos para D. Claudio o en la «bastardía», según Albornoz, de la convivencia entre judíos, árabes y cristianos para D. Américo. Hoy en día parecen resucitarse las banderías sobre un pasado convertido en campo de batalla al que quiere adjetivarse, paradójicamente, de impredecible y relativo.

*Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo* de Cuenca Toribio permite, a través del cauce de su cre-cido léxico y de su compuesta y desacostumbrada prosa, concluir que gran parte del rechazo al confuso nacional-catolicismo se fundamenta en la forma —«extremosas y groseras [...] expresiones en sermones dominicales, arengas castrenses o soflamas políticas» (p. 206)— y no en el fondo, pues no lo alienta más que un humanismo cristiano, salubre para todos los teóricos del naciona-lismo hispano. Este nacionalismo hispano parece irre-cuperable por su componente sacral y por haber pasado —parece— el tiempo de los nacionalismos integrales, aunque no el de los integristas, pero nunca estorba la inteligencia interpretativa que deja testimonios histo-riográficos de quienes, por formación y experiencia, poseen juicio y perspectiva, dos cualidades cardinales para esquivar los excesos.

**Jaime Olmedo Ramos**  
*Real Academia de la Historia*

## 10. Juan Carlos I

Pedro CRESPO DE LARA  
**Informaciones : la década del  
cambio, 1968-1978**  
Santander : Tantín, 2008  
399 p.  
ISBN 978-84-96920-20-0 : 24,00 €

Pedro Crespo de Lara es un nombre conocido tanto en los me-dios periodísticos como en el de la

abogacía, ya que en ellos se ha des-envuelto en el ejercicio de su larga trayectoria profesional. Pedro, de nuevo, ha cogido la pluma o se ha sentado ante la máquina de escribir, quizá ya transformada en ordenador, para redactar unas páginas que desde ahora forman parte de la historia del periodismo español. El periodismo de un determinado momento vivido

por él y que, por tanto, narra en pri-mera persona y constituyen testi-monio. El periodismo que se hacía en España en la década 1968-1978, aunque de manera más concreta el practicado en el diario *Informacio-nes*, a cuya plantilla perteneció hasta la desaparición del rotativo.

*Informaciones : la década del cam-bio, 1968-1978* es el título —¿o titu-

lar?— que ha elegido para este libro, en el que, como conocedor de la profesión periodística, resume con las palabras justas el contenido de la información que en él se encierra. Porque es información lo que traslada al lector, referida al desenvolvimiento y los avatares de aquel periódico, cuyo propósito fue llegar al público con un estilo renovado con respecto a sí mismo y al resto de sus competidores. Es, por tanto, un libro que perfectamente puede considerarse autobiográfico, una especie de memorias, aunque también un magnífico recordatorio de lo que fue noticia durante aquella década en la historia de España y aun del mundo. Pero es sobre todo una renovación memorística para quienes participaron en la aventura de «hacer» y mantener aquel diario nacido en 1922 bajo el lema elegido por Leopoldo Romeo, su primer director y fundador: «Di siempre la verdad, cueste lo que cueste, y para decirla no emplees dos palabras si puede ser dicha con una sola»; un lema demasiado olvidado en el actual panorama informativo, en el que tanto se abunda en palabras y se escatima en verdades.



*Informaciones...* es la historia última del periódico vivida desde

dentro. En ese concepto está su verdadero interés al no tratarse de una versión. Una historia, una información, que no precisa ser contrastada. Su interés es colectivo, pero lo es mucho más para quienes participaron en aquella aventura periodística. Porque aventura fue; apuesta sería más correcto. El final del libro contiene un mensaje poético del autor, en forma de romance, que dedica «sólo para los de la casa», aunque para ellos, porque lo entenderán mejor, son todas las páginas del libro, sin que esto suponga ausencia de interés para el público en general.

El recorrido que el autor hace a lo largo de la década comprendida entre 1968 y 1978 alberga las interioridades del periódico, consideradas tanto desde el punto de vista profesional e informativo, como los altibajos experimentados a consecuencia del discurrir por él de distintos directores y propietarios. De diferentes criterios y distintas economías que no supieron atender con eficacia ni prontitud las necesidades que el periódico exigía para su desarrollo e implantación. Todo ello, con el acompañamiento paralelo y cronológico de los distintos acontecimientos ocurridos en el mundo en coincidencia de fechas. Con ello, la lectura adquiere un doble interés: el del conocimiento y el del recuerdo. Lectura, de cualquier forma, perfectamente asequible para cualquier tipo de lector por su amabilidad y sencillez. Lectores, también, que se suponen cercanos en la mayoría de los casos a aquellos años finales de la dictadura y principio de la democracia en los que *Informaciones*, en lucha tantas veces contra una férrea censura, apostó por el compromiso informativo buscando horizontes de libertad. Lo pretendió y lo logró, como se demostró en la aceptación obtenida por parte de los lectores, aunque no tanto en

la de los compradores, como reconoce el propio autor. Un logro que tuvo como base la creación de una redacción joven y capacitada a que, no obstante, se formó a modo de escuela de periodistas, para lograr de ella una manera nueva de enfocar la información desde la libertad y la independencia. Muchos de aquellos principiantes en la profesión periodística alcanzaron el magisterio desde las páginas de *Informaciones* y aún son muchos los que continúan impartiendo desde otras páginas, otros micrófonos o ante otras cámaras televisivas. Una relación de nombres que sería exhaustiva recuperar para estas escasas líneas, pero que Pedro Crespo desgrana sin olvido de nombres. Tampoco lo hace con respecto a la parte técnica ni a quienes de ella se responsabilizaban, incluyendo los sistemas de impresión utilizados, tan alejados de la moderna tecnología que ya se empleaba entre la competencia. Así y todo, con aquella maquinaria tan primitiva y con sucesivas dificultades de financiación, *Informaciones* adquirió un puesto destacado en el mundo mediático gracias a su concepto de la información.

Concede el autor un especial interés al trabajo de redacción o, lo que es igual, a la tarea del informador y la vocación que le lleva a desarrollarla y a conocerla, desde la mesa o desde la calle, sin necesidad de adentrarse en una sucesión de *masters* ni preparaciones académicas que, si bien es cierto nunca están de más, apenas constituyen aumento de vocación ni de facultades para el ejercicio de una profesión para la que «se nace» y se aprende en su ejercicio diario, ya que «olfatear» la noticia es difícil enseñarlo en un aula; por no decir imposible.

Haciendo públicos momentos de la situación interna del *Informaciones*, relatando anécdotas propias o

de compañeros, refiriéndose a situaciones políticas de aquella década, recordando acontecimientos ocurridos durante la misma, memorizando nombres, mezclando la propia información con la entrevista o con el reportaje, Pedro Crespo deja con este libro constancia de una época a la que pueden acceder con interés tanto los profesionales del periodismo como los lectores de periódicos y, en general, todos cuantos se sientan interesados por lo acaecido durante los años de nuestra historia comprendidos entre 1968 y 1978. El autor se refiere a esta década como la del cambio, pero para muchas opiniones es, además, la década prodigiosa. Su final también supuso el final de *Informaciones*.

**Agustín Esteban Monasterio**  
*Periodista*

Josep Maria LOPERENA  
**El circo de la política :  
esperpento de politiqueros y  
otros próceres de quita y pon**  
Barcelona : Flor del Viento, 2008  
448 p.  
ISBN 978-84-96495-31-9 : 20,00 €



El diccionario de la RAE define como «esperpento», en una de sus acepciones, el «género literario creado por Ramón del Valle-Inclán, en el que se deforma la realidad, recargando sus rasgos grotescos, sometiendo a una elaboración muy personal el lenguaje coloquial y desgarrado». En otra lo hace como «hecho grotesco o desatinado». Cualquiera de las dos se adapta a las características de este libro de Josep Maria Loperena. Entre otras cosas porque es el mismo autor quien hace esta consideración de su obra. Acertada consideración porque es un verdadero esperpento, o lo que viene a ser igual, «un hecho grotesco y desatinado».

El circo de la política es como uno de esos monólogos con que de vez en cuando trata de alegrarnos la vida alguna emisora de televisión a través de humoristas que no han pasado de primero en lo que a humor se refiere. Normalmente no consiguen infundirnos esa alegría porque no nos hacen ninguna gracia, pero de vez en cuando salta algún detalle que, aunque levemente, nos hace sonreír. Es en lo que queda la voluntariosa actuación en el mejor de los casos. El guionista del monólogo va un buen día por la calle hacia su casa tratando de encontrar un argumento, cuando se tropieza con un adoquín colocado a un nivel ligeramente distinto a los demás en el que se engancha uno de sus zapatos, provocándole una leve pérdida de equilibrio. La luz, la bombilla, se le enciende: «¡Eureka! Ya tengo el argumento: los adoquines de la ciudad». Y empieza a lucubrar: «Me puedo meter con el alcalde que, además, como es del PP, me viene estupendo; puedo hablar del nivel de eficacia de los obreros, de la inmigración, de los contratistas, de las comisiones, del urbanismo en otras ciudades del mundo, del peligro

que supone para las ancianitas, de las posturas que adoptan los gays cuando tropiezan. Y con todo eso, adobado con algún chiste de sexo, ya tengo el monólogo». Dicho y hecho, se dispone a preparar el guión y al rato lo consigue, aunque resulta similar a los ya existentes y los que le siguen, en los que únicamente varía el tema inicial, que puede ser cualquiera, por muy nimio que resulte.

Éste es el camino que ha elegido Loperena, enganchándose al tema de la Transición. Nadie que la haya vivido desconoce las anécdotas escogidas para relatarla, pese a que él las ha «sometido a una elaboración muy personal utilizando un lenguaje coloquial y desgarrado» totalmente innecesario, aunque totalmente válido para ser presentado en un programa de monólogos.

Cuando así actúa al referirse a los falangistas afirmando que iban «vestidos de gilipuetas luciendo boinas rojas en sus cabezas de chorlito», o que Franco era un «regordete general», que su hermana (la de Franco) era una «cotorra calva y gordinflona» y su mujer (la de Franco) se dedicaba a «robar alhajas en los establecimientos del ramo», aunque después matiza que lo que hacía era «comprar joyas que no pagaba», lo que está haciendo no es sino buscar el aplauso fácil para el que, sin duda, cuenta —como en todos los programas televisivos cara al público— con los habituales comparsas, o claque, dispuestos a aplaudir a cambio de un estipendio, en otros casos también conocido como subvención. El artículo 20 de la Constitución de 1978 contempla esta posibilidad para lanzar las opiniones en los términos que a cada uno le parezcan mejor. Su aplicación, no obstante, suele diferir según el lado del que procedan las expresiones.

Es así, desde su lado político, como el autor va desgranando las suyas a lo largo de cuatrocientas y pico de páginas que, eso sí, se leen sin dificultad, ya que no exigen ningún nivel mínimo de preparación intelectual. Ni siquiera de la historia tan reciente de España ya que, por esa cercanía, está en la mente colectiva aunque con diferente color según el cristal con que se la mire. Pero los hechos, aceptados o rechazados, se quiera o no, son los mismos durante el período de la Transición, «una palabreja que se debería borrar del diccionario» según las preferencias de vocabulario que el autor reconoce.

Discurre el particular anecdótico de Josep (que no se olvide la «p», señores de la imprenta) Maria Loperena por los años comprendidos entre la muerte del «ausente» y el momento actual, sin que falte, prácticamente, ningún nombre en la relación de «politiqueros y otros próceres de quita y pon» que configuran este esperpento editorial.

Por ejemplo, el «tonto» de Guerra Campos; el «marqués de Vespaverte» como miembro de la ¿desconocida? Orden del Santo Sepulcro; Carmencita, con su «cara de pepona»; el «camaleón» Martín Villa; el «chupatintas endomingado y llorica» Carlos Arias Navarro; el premio Nobel por «carambola» como, según parece, fue Camilo José Cela; el «perjuro» Juan Carlos I; el «bueno» de don Santiago Carrillo, un «gran político y bendito de Dios» que tanto «ayudó a traer la democracia y la libertad» a la España negra de los cuarenta años de belicosa paz. Por supuesto, no falta el «tiralevistas» Adolfo Suárez, un «lechuguino soplapollas», ni la «parodia» montada por Alfonso Guerra para formar «tándem» con Felipe González; y así, como quien no quiere la cosa, sin excederse dema-

siado seguramente porque el libro se aproxima a su fin, referencias a la corrupción del PSOE, Filesa, los GAL, la expropiación de Rumasa, Luis Roldán, los hermanos Guerra, para acercarse a la actualidad pasando por el «insignificante» y «algo ridículo» José María Aznar, del que destaca su «bigotillo a lo Hitler» y los Principios Fundamentales del Movimiento como sus «únicos cimientos de formación política», así como su «constante repulsa a la monarquía», por lo que «los republicanos debieran rendirle un homenaje».

Además de los «politiqueros», el jurista y teatrero Loperena enjuicia situaciones políticas como la del «sí» a la OTAN, o de Euskadi y Catalunya (País vasco y Cataluña para los no versados en idiomas), de los que considera deben gozar de una «independencia reglada» ya que «no cabe reconocer el derecho a la autodeterminación de otros países, como es el caso de Montenegro, y negárselo a estas naciones»; el rechazo como «delito» de la quema de banderas, o de las manifestaciones de la alcaldesa de Hernani y de Arnaldo Otegui, de quienes se «vulnera su derecho a la libertad de expresión».

En su recorrido esperpéntico por la Transición concluye con la consideración de que «Zapatero es el mejor presidente del Gobierno que ha tenido España» y que esta transición terminará cuando «Catalunya y Euskadi se integren en la Europa de las Naciones». Porque, eso sí, Josep Maria Loperena se reconoce europeísta y en ese sentido sus últimas utópicas palabras sobre el capitalismo, el socialismo de cartón piedra, la tradición, el progreso, la monarquía, el estado totalitario..., hasta podrían considerarse joseantonianas. Son las deformaciones que produce el esperpento.

**Agustín Esteban Monasterio**

*Periodista*

Graciano PALOMO

## **Rumbo a lo desconocido : historia secreta de los años más convulsos del PP**

Madrid : Martínez Roca, 2008

383 p.

ISBN 978-84-270-3448-8 : 18:00 €



El periodista Graciano Palomo ha escrito un libro que plantea tanto ventajas como inconvenientes para el lector. En el primer caso, por su inmediatez a los hechos, facilita su lectura ya que las situaciones que se plantean están en la mente de cualquiera. Incluso, en la mayoría de los casos, permite un acceso a los acontecimientos recurriendo a la documentación periodística reciente, de cinco años atrás, ya que es a partir de la derrota sufrida por el Partido Popular en las elecciones del 2004 donde el autor fija el inicio de la que denomina historia secreta de este partido político.

Los inconvenientes pueden considerarse desde la misma perspectiva, y es que el lector se va encontrando con situaciones conocidas, lo que puede llevarle a prescindir de la lectura del libro por entender que todo lo expuesto en él ya lo conoce a través de los medios de información. Los interesados en temas políticos,

y más aún aquellos cercanos a las filas populares, apenas encontrarán novedades en las casi cuatrocientas páginas del libro, ya que todo lo que en el Partido Popular ha trascendido desde su paso a la oposición, de una u otra manera ha sido conocido, aunque muchas veces haya trascendido a través del rumor, que casi siempre distorsiona la realidad de los hechos.

Si en las obras históricas hay que aceptar lo que dice el historiador —partiendo de su supuesta honradez científica—, en los que se refieren a política y políticos, más si una y otros son actuales, el lector se inclina invariablemente a favor o en contra del contenido según su coincidencia ideológica con lo expuesto por el autor. No importa toda la documentación que pueda aportar ni todas las garantías de investigación que ofrezca. El lector cuyas ideas no estén en la línea de lo que se narre rechazará cualquier tipo de pruebas, por muy concluyentes que sean. De ahí que unos autores siempre contarán con un grupo de incondicionales y de otro que, *a priori*, les rechacen.

Graciano Palomo ha salvado este escollo tan frecuente ya que no se ha alineado con el Partido Popular

ni en su contra; tampoco con el Partido Socialista. Tampoco ha habido críticas ni elogios para ninguno de los dos (o muy escasamente), sino que se ha limitado a sacar a luz las interioridades de los populares, aunque tan aireadas en tantas ocasiones en prensa, radio, televisión y en la opinión pública mejor o peor informada.

De alguna manera, *Rumbo a lo desconocido* es la historia reciente del Partido Popular; pero lo es, sobre todo, de su dirigente principal, Mariano Rajoy, a quien el dedo de José María Aznar designó para hacerse cargo del partido. A un lado quedaron otros candidatos mejor capacitados, según el criterio de muchos simpatizantes y afiliados, como Rodrigo Rato o Jaime Mayor Oreja, cuyos nombres aún son reclamados tras las sucesivas derrotas electorales del gallego. No obstante, aquella decisión aznarista fue y es respetada por una gran mayoría popular que, contra viento y marea, mantiene el sentido de la unidad partidista. Incluso aparecen nombres como los de Esperanza Aguirre, Alberto Ruiz Gallardón o Francisco Camps, que de manera más o menos silente y disimulada ofrecen

sus servicios para responsabilidades más altas de las que ocupan actualmente y que, igualmente, cuentan con sus incondicionales. En medio de todo el maremágnum, tratando de poner orden y organizar el partido, defendiéndose de los ataques de sus adversarios y a su vez aspirando a la victoria electoral, Mariano Rajoy para quien, cada día, su rumbo se enfila más hacia lo desconocido. El destino es para él toda una incógnita que, en parte, quedó despejada en las dos últimas generales con un pequeño respiro en las últimas gallegas. Los españoles habrán de manifestarse para decidir el resultado final en el camino a tomar por el Partido Popular y su actual responsable en la próxima convocatoria a las urnas. Podrán entonces finalizar sus años convulsos o iniciarse los estertores finales. Graciano Palomo, seguramente, estará entonces dispuesto a explicarnos lo que ya sepamos por los medios de comunicación, incluyendo como ahora algún detalle añadido; pero también le volveremos a leer por lo que supone de recordatorio y porque se lee con facilidad.

**Agustín Esteban Monasterio**  
Periodista

## 11. Varios

José Antonio MARTÍN OTÍN  
**La desesperación del té :  
(27 veces Pepín Bello)**  
Valencia : Pre-Textos, 2008  
315 p.  
ISBN 978-84-8191-891-5 : 20,00 €

Generalmente, cuando se menciona la Generación del 27 salen a relucir los nombres de poetas como Federico García Lorca, Rafael Alberti o Miguel Hernández. Si se menciona la Residencia de Estudiantes como el crisol en que aquella germinó, con toda seguridad se aludirán

además los nombres de Salvador Dalí o Luis Buñuel, teniendo así la oportunidad de incorporar en el discurso alguna mención al surrealismo. Con estos escasos elementos y algunas anécdotas más, manidas por reiteradas, han sentado cátedra no pocos supuestos especialistas que, sin embargo, apenas vislumbraron la epidermis de aquel movimiento intelectual nacido en plena Edad de Plata. Y ha tenido que ser un periodista deportivo y representante de futbolistas quien desentrañe el alma de aquel complejo entramado de personalidades.

Ciertamente, para ello ha contado el autor con dos grandes ventajas. La primera de ellas es intrínseca a su

personalidad, porque —más allá de sus quehaceres profesionales— Petón es todo un poeta, de esos cuyo compromiso y capacidad no se limitan a la construcción de un verso sino cuyo esfuerzo se dirige a la consecución de un horizonte inalcanzable para los comunes mortales. Y esa virtud se plasma, además, en un exquisito manejo de las ideas, la sintaxis y el vocabulario que justifican con creces la lectura de esta obra por mero placer literario. Su otra gran ventaja es que ha contado con el testimonio personal y directo del único superviviente de aquella Generación que vivió la llegada del actual siglo, José Bello Lasierra, arquetipo de artista sin obra, de quien se dice —posiblemente con toda justicia— que fue el verdadero aglutinante de aquel conjunto de singulares personalidades.

Cuando la guerra reventó aquella familia —como partió otras muchas—, Pepín Bello se convirtió en el callado guardián de la llama sagrada de aquel ara, guardando consigo el tesoro de la experiencia personal, de su intensa convivencia con aquellos personajes que tiempo ha alcanzaron el limbo de los genios. De la conjunción de estos dos poetas, Pepín y Petón, sólo podía nacer una magnífica obra.

En las entrevistas que, semana tras semana, mantuvo el autor con el testigo, aquél obtuvo de éste el más genuino testimonio de la Generación del 27. Conviene tener esto muy claro porque su lectura desmontará no pocos mitos sobre aquel grupo de poetas. Así, con toda rotundidad sostiene Bello que, a pesar de tomar aquella Generación literaria su nombre del homenaje rendido en Sevilla a Góngora, era éste «el menospreciado por todos nosotros de los literatos del Siglo de Oro», frente a Lope, Calderón o Cervantes (p. 150). También desmerece el surrealismo al sostener: «A mí el surrealismo no me ha interesado salvo en su parte humorística, que bien pensado ya estaba en nuestras actitudes antes de conocer la doctrina, es decir, que actuábamos en surrealista por inercia; luego Dalí y Buñuel se hicieron muy surrealistas en comportamientos y en ideas, pero eso ya era una cosa más encorsetada» (p. 105). Y concluye crítica tan categórica reconociendo la primacía del surrealismo español al poeta José María Hinojosa, fusi-

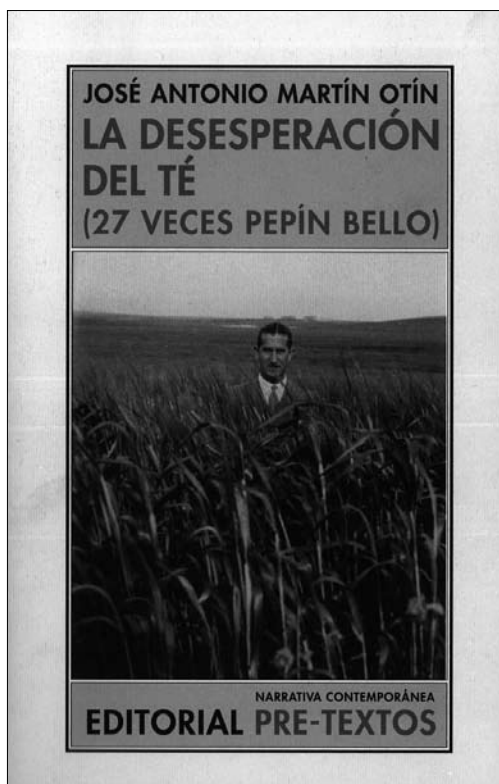
lado en su Málaga familiar por los frentepopulistas.

Junto con el de Hinojosa, las páginas de esta obra están pobladas por multitud de creadores que han permanecido en el imaginario cultural a la sombra de genios universalmente reconocidos, unos al menos merecedores de unas líneas en los pobres manuales colegiales de hogaño, otros condenados a la ignominia del silencio cuando no de la burla: Vicente Aleixandre, José María Alfaro, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Pancho Cossío, Gerardo Diego, Jorge Guillén, José Moreno Villa, Emilio Prados, Luis Rosales, Pedro Salinas, Joaquín Romero Murube, Samuel Ros, José Luis Sáez de Heredia, Ignacio Sánchez Mejías... Por ventura del personaje biografiado, se convierte esta obra en la biografía de toda una

generación, y aún más, pese a que su papel como animador cultural de una juventud inquieta se mudó en un sobrevivir que se prolongó hasta pocas semanas antes de que el tórculo pariera el primer ejemplar de este libro.

A estas alturas, he de confesar que siento envidia de Petón por haber aprovechado la oportunidad de conversar largo y tendido con Pepín Bello. Leyendo su libro he sentido mucho más cercana la biografía de mis abuelos, a quienes no he tenido la dicha de conocer pero que —pese a que su nombre ni se menciona— he sentido partícipes de la historia que en estas páginas se nos cuenta: catedrático de Medicina uno, residente y colaborador de Negrín en el Laboratorio de Fisiología; actor el otro, partícipe en *La Edad de Oro*, la gran película surrealista de Buñuel. Pero esto no enturbia la rectitud de mi juicio al afirmar que *La desesperación del té* debiera ser lectura obligatoria para todos cuantos quieran acercarse a la Generación del 27. Encontrarán en sus páginas al grupo de poetas y artistas a través de los ojos de su más exquisito coetáneo, pero al mismo tiempo descubrirán al gran factótum de aquella Generación, al artista que sostuvo en sus manos las crucetas de aquellos personajes. Porque «la vida de Pepín Bello no son las cosas que le pasaron a Pepín Bello, tened la certeza; es lo que Pepín Bello les pasó a esas cosas» (p. 229).

**Rafael Ibáñez Hernández**  
Historiador



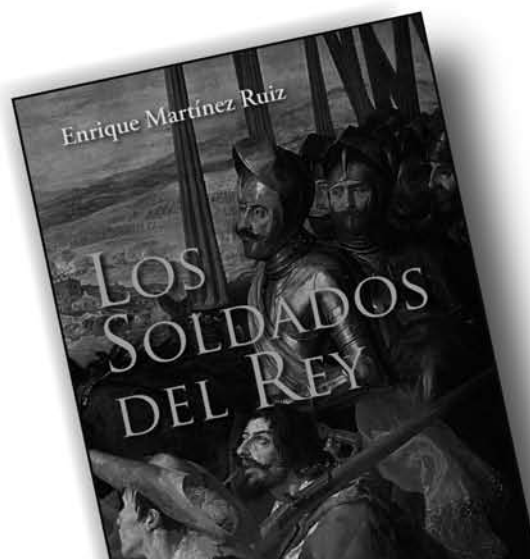
# la historia hace a los hombres sabios



## Amparo Cabeza de Vaca Bajo cielos de plomo

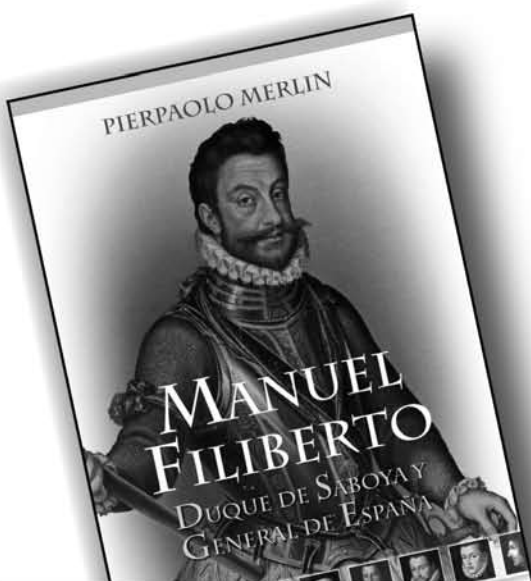
Unas memorias y el diario de Rafael Salazar Alonso

Formato 14,2 x 22 cm. 351 páginas. Rústica  
ISBN: 978-84-9739-082-8



## Enrique Martínez Ruiz Los Soldados del Rey

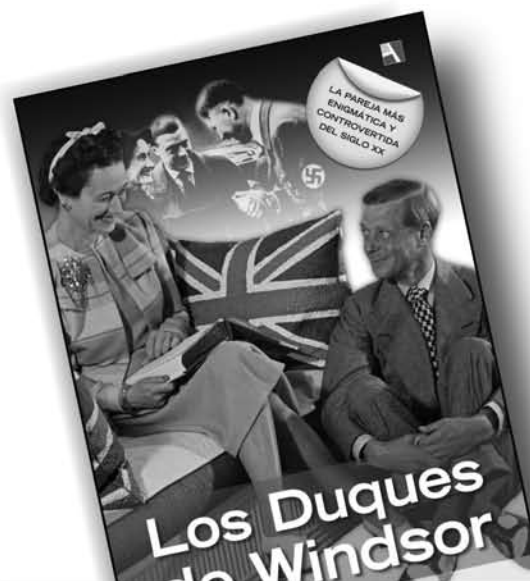
Formato 16,5 x 25 cm. 1.074 páginas  
Tapa dura con sobrecubierta  
ISBN: 978-84-9739-073-6



## Pierpaolo Merlin Manuel Filiberto

Duque de Saboya y General de España

Formato 16,5 x 25 cm. 431 páginas  
Tapa dura con sobrecubierta  
ISBN: 978-84-9739-077-4



## José Miguel Romaña Los Duques de Windsor

La pareja más enigmática y controvertida del siglo XX

Formato 16,5 x 25 cm. 340 páginas + 32 de ilustraciones  
Tapa dura con sobrecubierta  
ISBN: 978-84-9739-061-3

# ACTAS

EDITORIAL

Isla Alegranza, 3 — Polígono Industrial Norte  
28709 San Sebastián de los Reyes (Madrid) — ESPAÑA  
Teléfono 91 654 67 92 — Fax 91 653 95 91



## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Remítase a Editorial Actas / Revista APORTES  
Isla Aleganza, 3. Pol. Ind. Norte  
28709 San Sebastián de los Reyes - Madrid

Deseo recibir la revista **APORTES**, cuya suscripción anual (3 números) de 24,04 € (4.000 ptas.) pagaré por:

- ☐ Domiciliación bancaria (adjunto Boletín de Domiciliación).
- ☐ Deseo recibir contra reembolso los siguientes números atrasados (P.V.P.: 12,02 € + 6 € de gasto de envío).

Nombre: \_\_\_\_\_

Profesión:

Domicilio:

Ciudad: \_\_\_\_\_

Provincia: \_\_\_\_\_

Código postal: \_\_\_\_\_ Teléfono: \_\_\_\_\_

N.I.F.: \_\_\_\_\_ E-Mail: \_\_\_\_\_

Firma:

## BOLETÍN DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

Sr. Director del

Banco/Caja de Ahorros\*:

Agencia:

Calle:

Ciudad: \_\_\_\_\_ C.P.: \_\_\_\_\_

Muy señor mío:

Ruego se sirva atender hasta nuevo aviso los recibos que anualmente presente Ed. ACTAS correspondientes a la suscripción de la revista APORTES por importe de 24,04 € (4.000 ptas.) anuales, cargándolas en mi CUENTA CORRIENTE/LIBRETA DE AHORROS\* N.º:

Le saluda atentamente,

El titular de la cuenta

D./Dña.

....., a ..... de ..... de 2009

Firma:

\* Táchese lo que no proceda